

dación, su perpetuidad, su triunfo: todo ello proporciona un mundo de argumentos complementarios. "*Porque el loco no llega a imponerse nunca*. Un espíritu descarriado que influya de una manera seria en la marcha de la humanidad, es un caso que no se ha dado hasta el presente." ¹

Es por lo tanto inadmisibile la hipótesis de la mesianidad ilusoria o simulada.

Pero por lo mismo que Jesús podía con toda verdad llamarse el Mesías, el Hijo de Dios, nuestros adversarios no quieren aún concedernos la victoria, y suscitan una postrera objeción:

B.

EL ORIGEN DE ESTA CONCIENCIA MESIÁNICA Y FILIAL

La conciencia mesiánica ¿derívase de la conciencia filial, o recíprocamente? La cuestión así propuesta no interesa mucho a la apologética, que consigna con toda la consonancia de los más célebres protestantes liberales y de los teólogos católicos acerca de este punto: lógicamente, el conocimiento de la unión transcendental que tenía con Dios, ha precedido, en el alma del Maestro, a la convicción de que debía cumplir cerca de los hombres una misión salutífera.

Pero, de hecho, ¿los textos revelan, acaso, en el Salvador, una tal "concatenación de ideas y de experiencias", una tal "sucesión de fases interiores",² que sea preciso concluir por una evolución del pensamiento? Ved ahí el problema capital, un problema exegético que merece una atención profunda; porque según la respuesta que se le dé, la conciencia filial y mesiánica de

1. Renán, *Vie de Jésus*, p. 80.

2. Harnack.

Jesús sería, a final de cuentas, puramente humana o verdaderamente divina.

Si escuchamos a ciertos críticos incrédulos, Jesús no sabe en sus comienzos que El es el Hijo de Dios y el Mesías prometido a Israel. Su vida piadosa en la humilde casa de Nazaret, bajo las miradas del Padre celestial y, tal vez también, el estudio de las Escrituras, han demostrado en él vagos presentimientos y una crisis que, en el bautismo de Juan, una voz alucinatoria viene a despejar: "Tú eres mi Hijo muy amado, en quien yo me complazco". Luego la tentación en el desierto trae nueva precisión en la obra que había de llevar a cabo; el reino que él espera con el pueblo todo entero y que él mismo va a fundar, no tendrá el carácter que los contemporáneos le atribuyen: será espiritual y moral. Más adelante, la oposición de los Escribas y de los Fariseos evoca en Jesús la memoria de los capítulos LIX y L del profeta Isaías; su suerte será dolorosa, ahora lo comprende: he aquí que es menester sufrir y morir por la salvación de la nación.— Y LOS CRÍTICOS INCRÉDULOS APOYAN SUS ATAQUES EN LA MANERA DISCRETA Y PROGRESIVA SEGÚN LA CUAL CRISTO HA REVELADO SU MISIÓN Y SU PERSONALIDAD: ELLA CORRESPONDE, DICEN, A UN DESENVOLVIMIENTO PSICOLÓGICO, A SU EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA MESIÁNICA Y FILIAL. EN CONSECUENCIA, JESÚS NO HA SIDO VERDADERAMENTE ENVIADO POR DIOS, EL HA SOLAMENTE CREÍDO SERLO...

I. Este sistema no halla en los textos apoyo sólido alguno.

1. Acerca de si la manifestación del Salvador a los judíos ha sido lenta, discreta y progresiva, una sencilla ojeada sobre el Evangelio nos convence de ello. Mas el *acierto pedagógico ordenaba esta manera de proceder.*

a) Si Jesús hubiera proclamado desde los princi-

pios su Mesianidad, el entusiasmo habría acaparado su persona en provecho de los sueños de poderío político y de conquista por medio de las armas, que alentaban hasta a los Apóstoles en la mañana misma de la Ascensión (Act. I, 6). Desde aquel día los Romanos no podían dejar de interrumpir una carrera amenazadora para su dominación, o a lo menos dañosa para la paz pública. Pongámonos en el mejor caso, y supongamos que no hubieran extremado su recelo con relación a un rey que profetizaba tal esplendor futuro; era ello, sin embargo, la quiebra del programa que Cristo debía y quería realizar: la noción del Mesías espiritual, del reino interior, iba a zozobrar en la aventura.

El episodio de Gerasa prueba, por otra parte, que Jesús regulaba su conducta según estos motivos de oportunidad. Fuera de la gran Palestina, entre las poblaciones paganas que la influencia de los Fariseos no llegaba a alcanzar y que, por lo tanto, permanecían ajenas a los prejuicios mesiánicos, ordena al antiguo demoníaco que refiera por doquiera su curación. En cambio, en su país natal, reclama el silencio. El velo que encubre su personalidad, no lo descorre sino poco a poco, discretamente gracias a hechos milagrosos, a comparaciones, a substituciones admirables, en espera de la manifestación decisiva y suprema.

b) Mas, dice el P. Rose, ese cometido de Mesías no abarcaba sino una provincia, el territorio judío dentro de los dominios más vastos de su heredad de Hijo de Dios. Era preciso, pues, graduar más aún la revelación de la Divinidad. “¿Cómo hacer surgir esta creencia en aquellas almas que se hallaban a la sazón tan poco preparadas? ¿Cómo, cuando Dios parecía entonces tan lejano, tan encumbrado, tan misterioso, hacer comprender que ese mismo Dios se había hecho carne en este mismo hombre a quien creían, a quien oían y al que tocaban?¹ Sólo podrían dejar de preocuparse de este

1 “Supongámonos que en el año de gracia, 1925, un alto y noble personaje recorre las ciudades y los pueblos de este país. Su elocuencia,

problema los que pensaban que una creencia religiosa se adueña de una alma sin que vaya acompañada de idea alguna precisa, sin que ningún deseo la requiera.¹ Los que tienen una tal psicología, y solamente ellos, entiéndase bien, tienen derecho a preguntar cómo es que Nuestro Señor no ha dicho con una frase absolutamente categórica: Yo soy Dios... La prudente lentitud de Cristo, que para unos constituye un escándalo² es para los demás un objeto de admiración nueva...³

2. Por lo demás, los acontecimientos alegados por nuestros adversarios no explican en modo alguno el origen de la conciencia mesiánica y filial. Nada en el relato del bautismo que nos ha dejado san Marcos, nada indica en Jesús la menor sorpresa, ni vacilación algu-

acompañada de pensamientos sublimes y de expresiones originales, fascina a las multitudes; se dirige con predilección a los pobres, a los enfermos, a las almas atribuladas a quienes alivia y cura de una manera maravillosa. No obstante, si pretendía en un momento dado, de una vez, cosas transcendentales y exclamaba: ¡yo soy Dios!... ¿no creéis que se le dejaría solo, que se le tomaría por un mal bromista, por un necio o un alucinado? Ahora bien, Jesús se hallaba en circunstancias mucho menos favorables. Los Judíos, en aquella época, estaban convencidos de que Dios, Ser invisible e inaccesible, no se manifiesta aquí en el suelo bajo apariencias humanas; presentada sin miramientos, la hipótesis de la Encarnación les habría parecido absurda..." *Ons Geloof*, agosto 1919. Van Tichelen, *Hoe Jesus zijn Godheid openbaarde*.

1 Su revelación, Jesús debía adaptarla a las condiciones de la naturaleza humana. Por cuanto Dios ha dado a los hombres una alma espiritual y libre, era preciso no imponerles una doctrina y una moral, sino provocar su adhesión intelectual, disponiendo su voluntad... Ahora bien, el hombre está de tal modo hecho que siente más repugnancia por ciertas expresiones que no por las cosas mismas que ellas designan. Si se trata a uno de mentiroso, indignase y se encoleriza; se rendirá tal vez a la evidencia, si se le demuestra con dulzura y buena crianza que sus decires no cuadran mucho con la realidad... ¿Por qué? La concisión y el término propio hieren casi siempre el sentimiento por lo que tienen de súbito y de agudo; mientras que la perifrasis y la gradación, que por otra parte embotan los tiros, dejan a la emoción el tiempo para irse calmando... Jesús ha procedido de esa suerte: ha promulgado su mensaje integralmente, sin distanciarse en exceso de los Judíos con declaraciones fulminantes o intempestivas. (Según lo expresa el Rvdo. Van Tichelen, art. citado.)

2 Con todo, desde que Jesús reivindicaba para su persona atributos que no pertenecen sino a Dios, los Judíos podían y debían comprenderlo. Si un eclesiástico, sentado a mi lado en el tren, me enterara de que va a ordenar nuevos sacerdotes, no dudo de ello: sé que es obispo. Cuando un francés se envanece en mi presencia de haber decapitado a Ravachol, ¿necesita añadir: soy yo el verdugo? El oficial general, con quien me doy en el camino y que me habla del derecho de gracia que piensa ejercer, no puede ser sino el Rey. (Van Tichelen.)

3 *Etudes*, 20 marzo, 1908. *La Revelation du Fils de Dieu*, página 735.

na, ni hasta un enriquecimiento espiritual, cuando Dios le declara su filiación divina; y—el Antiguo Testamento nos lo garantiza¹—no es un don de gracia interior lo que el descenso del Espíritu Santo viene a figurar, sino una impulsión de lo alto para una obra determinada. Por otra parte, Lucas (III, 21-22) deja entreleer y Mateo (III, 13-17) afirma que los asistentes han percibido, la visión y la voz. “Con la manifestación pública, dice el P. Lagrange, es aún más evidente que la personalidad de Jesús no está constituida, sino solamente revelada en el bautismo. Y ello respondía a la tradición acerca del Mesías. O el Mesías era ya un ser transcendente que debía manifestarse con gloria, o era un hijo de David a quien Dios debía manifestar como a Mesías, normalmente por medio de la unción que le sería conferida por Elías. En este segundo caso se hubiera podido decir que había llegado a ser Mesías mediante la unción. El bautismo de Juan, conferido a todo el mundo, no podía tener un tal efecto. La intervención divina en el bautismo no cambia, pues, nada en Jesús. Le enviste de su misión, pero de una misión que será distinta de la que esperaban los judíos del Mesías. Jesús lleno del Espíritu Santo y proclamado Hijo de Dios, va a dar comienzo a su obra”.²

¹ “Ello es así que Otoniel (Jud. III, 10), Gedeón (Jud. VI, 34), Jefté (Jud. XI, 29), Sansón (Jud. XIII, 25), han sido movidos por el Espíritu de Dios para actos de valor, Beseleel (Ex. XXXI, 33, XXXV, 31), para construir el tabernáculo, Balaam (Num. XXIV, 2) y Saul (I Sam. X, 6, 10) para profetizar. El rey del porvenir debía recibir el Espíritu de Dios en gran abundancia para gobernar (Is. XI, 2, 50), y también el siervo de Jahvé, como una consecuencia de las complacencias que Dios tenía puestas en él (Is. XL, II, 1), con el fin de difundir el derecho entre las naciones. Ocurre una cosa igual en Marcos, donde el espíritu lleva a Jesús al desierto, en el momento señalado para la predicación. Al mismo tiempo Jesús recibe la seguridad del amor del Padre. No hay ahí nada que repugne a la teología. Santo Tomás admite muy bien que Jesús ha podido tener una visión sensible, o hasta una visión imaginativa o intelectual (III Pars, q. XXXIX, a. 5). Por otra parte, es cierto que, como hombre, seguía las inspiraciones del Espíritu Santo. La relación de Mc. significa, por lo tanto, que la misión de Jesús procede de Dios y que él la comenzará bajo su impulso y cerciorado de su socorro.” Lagrange.

² *Evangile selon S. Marc.*, pp. 9-14. Algunos sostienen que Jesús se presentó al bautismo porque, en aquel momento, se juzgaba semejante a los demás hombres y sometido a la ley de penitencia. “Un justo, alega M. Loisy, podía prestarse a ello para significar su voluntad de vivir

3. De otra suerte, si la conciencia mesiánica y filial del Maestro hubiera atravesado por las crisis de una evolución, y se hubiese formado poco a poco, no se comprendería—hasta las leyes de la psicología nos lo atestiguan—cómo Jesús pudo estar tan identificado, en todos los momentos, de su mensaje, acoger los homenajes religiosos, imponer silencio a los energúmenos, regir su acción contando con las circunstancias, las oportunidades, las movibles disposiciones de sus oyentes, resistir a los entusiasmos y sobre todo no flaquear en la duda y en el desaliento, cuando llegó el tiempo de los quebrantos.

—Nuestros argumentos tienen, por cierto—, gran valor, porque

II. La hipótesis rebatida no es aceptada por los principales neo-críticos.

El *método* de la escuela evolucionista “provoca hoy, en los sectores más diversos, la desconfianza y el hastío: a ojos vistas, están las cabezas rendidas de esos pretendidos estudios psicológicos acerca de la conciencia de Jesús, que no logran sino presentarnos un disfraz del Evangelio y forjar una novela.”¹ Es, sin embargo, cierto, dice M. Burkitt, que nuestros evangelios están lejos de ser una novela psicológica, con Jesucristo por héroe.

Según confesión misma de Loisy, los evangelios no contienen en realidad el testimonio de una evolución que se habría efectuado en la conciencia del Salvador en su manera de apreciar el cometido que le habría sido asignado por la Providencia.² “Marcos, declara Schweit-

puramente, sin confesar los pecados que no había cometido; manifestaba su resolución de prepararse, según le era posible, al advenimiento del reino.” *Ev. syn.*, t. I, p. 405. Los asistentes no eran sometidos a la prueba, porque los Fariseos, como el Fariseo Josefo (*Ant.* XVIII, 2), habían hallado medio de hacer del bautismo un símbolo de la pureza ya adquirida de su alma. Cfr. Lagrange in *Luc.*, III, 7.

¹ Lebreton, p. 216. El autor cita a Schweitzer, Sanday, Wellhausen, y Burkitt.

² *Les Ev. Synoptiques*, t. I, p. 212.

zer, nada sabe acerca de un desenvolvimiento; no sabe nada en punto a las consideraciones pedagógicas que habrían decidido la actitud reservada de Jesús en presencia de sus discípulos y del pueblo; no sabe nada acerca del conflicto que habría tenido lugar en el corazón de Jesús, entre una idea mesiánica del todo espiritual y otra, política y popular."¹

De este pretendido progreso, no se podrían, por otra parte, señalar las etapas. "Durante el período de la vida de Jesús que nos es conocida, no han intermediado crisis, ni borrascas, ni rupturas con el pasado... Todo va transcurriendo en Jesús de un modo tan natural como si no pudiera ser de otra suerte; la fuente va brotando de las profundidades de la tierra, clara e ininterrumpida... Esta consideración excluye la posibilidad de que su vida haya transcurrido en medio de contrastes interiores."² "El origen de la conciencia mesiánica, decoroso es confesarlo, escribe Wernle, permanece siendo un misterio para nosotros. No sabemos nada por lo que a este asunto se refiere, sino de qué manera esta conciencia no se formó. No fué mediante reflexiones de orden intelectual lentamente maduradas... No fué debida tampoco a la influencia del medio ambiente... El hecho de que Jesús se presenta desde los comienzos con una constancia invariable y con una inquebrantable certeza, como enviado de Dios, nos obliga a abandonar esas dos explicaciones... La conciencia de su vocación no depende de voces ni de visiones, que ponen en duda al que no las haya visto u oído por sí mismo, sino de la fuerza interior que le apremia."³ Esta fuerza anima al diálogo que se desarrolla entre Jesús y el Bautista en las riberas del Jordán (Matth. III, 13-17, Marc. I, 9-11, Luc. III, 21-22), la vemos entrar en juego en oca-

1 Von Reimarus zu Wrede, 1906, p. 329.

2 Harnack, citado por Lepin, o. c. p. 196.

3 Estas declaraciones conciernen a *fortiori* a la conciencia filial de Jesús que, según nuestra exégesis del logion joánico, ha lógicamente precedido a la conciencia mesiánica. Cfr. Lepin, pp. 208 ss. *Rose Etudes*, p. 207.

sión de la tentación en el desierto (Marc. I, 12-13, Matth. IV, 1-11, Luc. IV, 1-13), y en la Sinagoga de Nazaret; no es ella, ciertamente, la resultante de largas meditaciones de la vida oculta del Maestro, porque éstas provienen del sentimiento de la filiación divina y de la paternidad de Dios (Luc. II, 49). "Desde la edad en que la conciencia de los demás se despierta, en que se ponen en contacto con el mundo exterior y comprenden por vez primera sus relaciones naturales religiosas, en Jesús el sentimiento brota de su corazón, vivo, espontáneo, tan imperioso, que le lleva a desprenderse de los deberes más justos, a consagrarse enteramente del todo a Dios."¹

¡Qué hermoso indicio!

Y como Jesús jamás ha señalado el comienzo de su filiación divina—no lo conocía—es necesario, diremos con Dalman, que ella haya tenido su origen en su nacimiento, y que Dios haya tomado una parte tal que los factores humanos hayan quedado enteramente en último término.

Esta es la única hipótesis que se adapta a los hechos: *LA EXEGESIS DE LOS TEXTOS* la demuestra y la corrobora también *LA VEROSIMILITUD PSICOLÓGICA*.

Con la decisión del Maestro en sus resoluciones, con su sosegada firmeza en laborar por ellas y su confianza imperturbable, recuérdanse los principales rasgos de su fisonomía moral. Un AMOR INAUDITO le inspira y le anima, un amor ordenado a Dios y a los hombres que no sufre jamás decaimiento, como acontece en los mayores santos, y cuyo fecundo ascendiente experimentan en sus mejores tiempos los corazones por amor heridos. SU PAZ INTERIOR y SU ALEGRÍA ESPIRITUAL no conocen ni flujos ni remolinos, como tampoco ese arrobamiento del éxtasis durante el cual los grandes

1 Rose.

místicos sienten su alma transportada fuera del cuerpo y de la fascinación de los bienes terrenales. Y luego, según la observación de Illingworth, Jesús, a despecho de su evidente humanidad, parece hallarse en DOS MUNDO, el divino y el humano, porque con gran facilidad resuelve rápidamente todos los problemas religiosos que se le someten, en forma tan segura como si leyera la respuesta en el pensamiento de su Padre y la hallara conforme con la voluntad eterna.

No, este hombre no «cree», sabe; este hombre no «espera», en verdad, sino que posee y goza; este hombre ve a Dios...

Sin perjuicio de las precisiones ulteriores que los teólogos aportan a este problema, concluiremos que esta visión y esta fruición directas, inmediatas e intuitivas de Dios, no se explican aquí si no se admite la fórmula católica :

JESUS ES HIJO DE DIOS POR NATURALEZA Y VERDADERO DIOS

Desde el punto de vista apologético, diremos llanamente y con toda claridad que la cualidad de Señor y de Verbo divino reconocida en el Maestro de Nazaret se aviene perfectamente con el carácter transcendente y humano que hallamos en el Evangelio. “En ella se presenta una llave que abre cada una de las moradas donde luce, en la obscuridad del texto, la lámpara sagrada. La línea de demarcación, clara a los ojos de todo hombre a quien el espejismo panteísta no seduce, el haz luminoso que anega, al eclipsarse, al espíritu en un inmenso caos—esa línea deja decididamente a Jesús de Nazaret en la esfera o en el lado divino. Y en esa perspectiva, explícate que, para conocer al Hijo, sea menester nada menos que la ciencia infinita del Padre, se comprende el valor sin límites atribuido por Jesús a su mediación, a su sangre, a su obra, se adora (lo cual

es aquí el único medio de justificar) a esas extraordinarias exigencias, a esa confianza tributada al amor del Maestro, presentado como supremo y purificador por su propia virtud. Fuera de esta perspectiva, no tenemos sino interpretaciones tendenciosas y forzadas, promesas desmesuradas, ambición exorbitante, actos injustificables.”¹

* * *

Felices, Vos dijisteis, quienes sin ver han creído.
Y yo, yo que la profunda palabra sabía,
Al oíros en aquellos días, en la parábola
Un pasaje oscuro y breve, yo podía
Dudar que por Vos solo mi fuerza guardada fuera
Y exclamar como en la tarde trágica de Judea
Vuestro apóstol Tomás: Yo quiero ver... Y ¡he visto!²

—Al final de este capítulo, el principal y el penúltimo de una demostración que hemos ido siguiendo a través de dos volúmenes, puedas tú, lector, mezclar tu voz con la voz del humilde y dulce poeta, abajar tu frente que tal vez se obstina aún, y luego cayendo rendido a los pies de Jesús, aclamarle en un noble arranque de fe, de esperanza y de amor, diciendo: ¡ Señor mío y Dios mío!...

Con el fin de hacer esa actitud y esa exclamación resuelta y profunda más fáciles a tu alma convencida y emocionada, examinemos el signo con que el mismo Dios ha querido autenticar las atestaciones de su Hijo.

¹ Dict. *Apol.*, fasc. XI, De Grandmaison, *Jésus-Christ*, col. 1396-1397.

² Andrés Lafon.

CAPITULO CUARTO

El Testimonio del Padre

En vano se ha dudado de la muerte y de la sepultura honorable de Cristo; en vano se han multiplicado las hipótesis más sutiles para negar a los Apóstoles la creencia en la resurrección de su Maestro, sobre todo para afirmar que no vieron verdaderamente a Jesús resucitado.

Y, por ende, confesamos con la Iglesia que el mismo Dios ha sancionado las pretensiones de su Hijo a la divinidad.

¿Dios Padre acogió la suprema invocación de su Hijo, el acto de abandono y de confianza con el cual acaba el sacrificio del Calvario (Luc. XXIII, 46), y la resurrección expresa un testimonio irrefragable y rendido por él a la persona y a la misión de Jesús? El que lo crea sin titubeos con la tradición cristiana, debe fijar cuatro tesis. Las dos primeras, al afirmar que Cristo sufrió la muerte y fué sepultado, hoy casi no provocan objeciones serias. La embestida de los racionalistas y de los teólogos liberales se dirige encarnizadamente contra las otras dos: los Apóstoles vieron a su Maestro después de su colocación en la sepultura y no fueron víctimas de una ilusión.

I

JESUS HA MUERTO

He aquí en primer lugar la prueba histórica.

PRUEBA HISTÓRICA

A.) *Pilato* hace constar oficialmente el fallecimiento del Salvador cuando, después de haber oído al centurión cuya relación era digna de crédito, autoriza a José de Arimatea, el sanedrita, para derogar las costumbres romanas: el cuerpo del ajusticiado no será, pues, abandonado a la voracidad de las aves del cielo y de las bestias de presa, sino que, según la ley judía, más clemente, se le sepultará el mismo día de la ejecución (Deut. XXI, 23).

Entre tanto los *discípulos* se mantienen ocultos en el Cenáculo, encogidos y desconcertados por cuanto estaban convencidos de que su Maestro no es sino un cadáver (Marc. XV, 42-47, Matth. XXVII, 57-61).

Por otra parte, el mismo Renán lo hace notar: "la mejor garantía que posee la historia acerca de un punto de esta naturaleza, es el odio receloso de los *enemigos* de Jesús. (Los judíos) debían estar alerta a que fuera muerto del todo... Cualquiera que haya sido en ciertas épocas la negligencia de los antiguos en todo lo referente a la comprobación legal y a la rigurosa conducción de los asuntos, no se puede creer que los interesados hayan dejado de tomar a este respecto algunas precauciones".¹

B.) Permítasenos, finalmente, traer al debate un testimonio anterior a nuestros tres Sinópticos, el testimonio de san Pablo. La primera carta a los Tesalonicenses (II, 15) insinúa que la muerte de Cristo fué violenta y semejante a la de los profetas; precedida de vejaciones análogas a aquellas con las que los paganos abrevaron la Iglesia de Tesalónica, y los judíos porquiera a sus compatriotas cristianos. La primera Epístola a los Corintios (I, 13, 17b, 23), nos da aún una mayor precisión: Jesús sufrió la crucifixión, precisión repetida en la carta a los Gálatas (III,1). Pero aunque

1 *Vie de Jésus*, p. 429.

careciéramos, por lo demás, de estos pormenores explícitos, la doctrina de Pablo acerca de la redención de los hombres bastaría para cerciorarnos debidamente en este punto. La muerte del divino Maestro, comparada con casi todos los sacrificios del Antiguo Testamento (I Cor. V, 8, XI, 25, Rom. III, 25, VIII, 3), al apaciguar la cólera de Dios en el momento en que ella anula los efectos del pecado y confiere al alma la justificación, esa misma muerte de Cristo tiene en realidad de verdad el carácter de un sacrificio, y de un sacrificio propiciatorio.¹

—Hablemos también de la

PRUEBA FISIOLÓGICA

Debilitado por inmensas emociones, presa de la tristeza, del tedio, de un pavor súbito, quebrantado en medio de conmociones tan violentas que habían provocado un sudor sangriento que corría hasta el suelo,² el cuerpo de Cristo es sometido a la *flagelación*. Bajo la acción de los latigazos, la piel se desgarrar, la carne se entreabre, rómpense las venas, tal vez hasta quedan parte de los huesos al descubierto; porque los verdugos—soldados romanos—se exceden cruelmente de los treinta y nueve o cuarenta golpes que disponía la ley judía.³ En aquellas circunstancias, Jesús, sin fuerzas para caminar aun sin llevar la cruz, debe ser arrastrado al lugar del suplicio (Marc. XV, 22).

1 Prat, o. c., t. I, 281-289.

2 "Puédese afirmar, sin temor de cometer un error, que el sudor de Nuestro Señor estaba por cierto mezclado con sangre verdadera. En muchos casos observados en nuestros días, se ha comprobado realmente con el microscopio la presencia de glóbulos rojos de la sangre." *L'Evangile dans la Vie*, abril, 1925. Dr. Le Bec, *Le Supplice de la Croix*, página 248.

3 "El "flagellum" se componía de correas. El que servía para el castigo de los esclavos en los casos graves se llamaba flagrum; había dos clases de este instrumento, una de ellas guarnecida de huesecillos, la otra de cadenillas de hierro terminadas con bolas de metal... Los efectos eran terribles: caedere, secare, scindere con el flagellum cuyas finas correas cruzaban la piel; rumpere et pinsere con el flagrum; fodere et forare, si el instrumento está armado de puntas (art. *flagellum*, *Dict. des ant.*)." Lagrange in *Marc.*, XV, 15.

Se le crucifica. *Cruelissimum teterrimumque supplicium*, dice Cicerón. "En los crucificados, la sangre era llevada por las arterias sobre las partes del cuerpo más fuertemente comprimidas o puestas en tensión, con una tal abundancia que las venas no eran suficientes para conducirla. La aorta, a causa de los obstáculos que se producían en la extremidad de los brazos y de las piernas, hacía afluir la sangre al vientre y sobre todo a la cabeza, en donde determinaba, por la presión violenta de las carótidas, un enrojecimiento muy vivo de la faz y un dolor general intolerable. Lo más horrible, es que la aorta, no pudiendo expulsar la sangre asaz rápidamente a las extremidades de los miembros obstruídos cesaba de recibir la sangre enviada por el ventrículo izquierdo del corazón. Este, a su vez, no recibía libremente la sangre que venía de los pulmones, y el ventrículo derecho mismo, no pudiendo arrojar en los pulmones ya llenos la sangre que elaboraba, completaba el desorden, y creaba un sufrimiento más acerbo que la muerte."¹

De ahí, algunas veces, la ruptura de un vaso cerebral o cardíaco que causaba una muerte fulminante. Según muchos fisiólogos modernos, esta ruptura fué, en

1. Le Camus, *Orígenes del Cristianismo*. "La fijación de los brazos levantados acarrea consigo alteraciones respiratorias muy dolorosas. Las costillas quedaban inmobilizadas y los movimientos de expiración venían a ser muy difíciles. Las vísceras contenidas en el abdomen descendían fuertemente por el hecho del peso, el diafragma era arrastrado y paralizábase, lo que trababa los movimientos de inspiración. El crucificado experimentaba entonces la sensación de un sofocamiento progresivo, sin tener el menor alivio.

El corazón veíase gravemente coartado en sus funciones. Estando los brazos levantados en alto, el corazón estaba sujeto a un trabajo forzado para poder enviar la sangre hasta las manos. Los latidos eran precipitados, pero débiles. Este debilitamiento hacía que la impulsión fuera menos enérgica en todo el cuerpo, lo que determinaba un estancamiento de la sangre en todos los vasos. Como quiera que la oxigenación de la sangre se efectuaba cada vez peor en los pulmones, producíase un exceso de ácido carbónico en la sangre, lo que causaba una excitación de las fibras musculares y, como consecuencia, una suerte de estado tetánico del cuerpo entero hasta el instante del debilitamiento paralítico.

El cerebro quedaba igualmente afectado. No recibiendo sangre pura, formábase una congestión intensa de la substancia nerviosa y de las envolturas del cerebro. Este estado producía una cefalalgia violenta, comparable al dolor que causaría un círculo de hierro abrazando el cráneo." Dr. Le Bec.

el Maestro, concomitante con el gran grito que lanzó (Matth. XXVII, 50, Marc. XV, 37).

Discútase ahora cuanto se quiera acerca de la dificultad que experimenta cualquier persona instruída en medicina en distinguir de la muerte real los desmayos profundos y los letargos determinados por el síncope: ¿cómo esas teorías abstractas podrían debilitar en nada nuestras pruebas tan concretas? Retráigase, si se quiere, la anécdota leída en Josefo sobre un crucificado que pudo un día ser devuelto a la vida: conocemos esta anécdota y hasta su complemento: Los compañeros de suplicio eran tres, vivían todavía cuando se les descolgó del patíbulo; ahora bien, a pesar de todos los cuidados que el historiador judío les hizo prodigar, dos de esos desgraciados murieron y uno solo se salvó. "Materialmente, dice M. Reville, se puede, pues, colocar entre el número de las cosas imposibles el que un hombre, ya deshecho por la fatiga, agotado por los malos tratos, clavado en una cruz durante muchas horas, desprendido de ella, sepultado y abandonado en un sepulcro cerrado, se halle físicamente en estado de salir solo treinta y seis horas después y hacer inmediatamente los viajes más o menos largos que suponen los relatos (evangélicos). La crucifixión y sus efectos fisiológicos se oponen a ello absolutamente."¹

—No hay sino para tomar a risa la novela que inventaron ciertos racionalistas, y a la cual el autor citado alude. La frescor del sepulcro habiendo calmado la hemorragia, y habiendo reanimado poco a poco los aromas espirituosos con que había sido embalsamado, Jesús habría salido del sepulcro, y luego habría vuelto a reunirse con los Apóstoles que interpretaron este retorno a la vida natural como una resurrección. La historia, como la fisiología, han respuesto ya a esos embustes de una manera concluyente y terminante con la

1 *Jésus de Nazareth*, t. II, p. 455.

PRUEBA MORAL

que completará la demostración.

El mismo Strauss la ha presentado: "¿Qué cabe pensar de este Mesías medio muerto que sale penosamente del sepulcro, que arrastra un cuerpo enfermo, que tiene necesidad de los auxilios de la medicina, de ataduras, de confortamientos y de atenciones, y que acaba por sucumbir? ¿Es él a quien sus discípulos habrían tomado por el vencedor de la muerte y del sepulcro, por el príncipe de la vida? ¿Son acaso imágenes tales las que habrían podido impelerles a su obra futura? No: semejante resurrección *no habría podido sino debilitar la impresión que su vida y su muerte les habían producido* y extinguirla entre las sombras de un recuerdo elegíaco. Nunca habría ella transformado su duelo en entusiasmo y su respeto en adoración."¹

Por otra parte, esta explicación lleva fatalmente a la hipótesis del engaño. "Aún más, dice Godet, *ella nos conduce a hacer cómplice de la impostura al mismo Jesús*. Porque, ¿cómo no habría hecho algo para desengañar a sus discípulos que se figuraban que había realmente resucitado? Y ¿qué habría acontecido después de esa penosa convalecencia? Habría ido a morir, según tal sabio, en un convento esenio, según otro sabio en un albergue de Fenicia donde habría ido en busca de adeptos, entre los paganos de los contornos, pero siempre encubriendo este fin miserable a sus apóstoles, para dejarles voluntariamente en su error."²

La extravagancia misma de estas hipótesis las condena. Una vez más el miedo de lo sobrenatural reduce a los incrédulos al absurdo.

¹ Strauss, *Nouvelle vie de Jésus*, t. I, p. 394-395.

² *Commentaire de l'Ev. de S. Luc.*, t. II, p. 585.

II

EL CADAVER DE JESUS HA SIDO SEPULTADO

Con la autorización del procurador, José de Arimatea, el sanedrita de que hemos hablado, dió sepultura al cuerpo exangüe de Jesús (Marc. XV, 46) en un sepulcro que había hecho tallar en la roca para sí mismo (Matth. XXVII, 60)—especie de cámara subterránea cuyo vestíbulo se abre al nivel del suelo. Era nuevo y por ocupar aún (Luc. XXIII, 53. Matth. *ibid.*). Hizo rodar a la entrada del monumento, una muela o piedra de molino plana y redonda (*ibid.*), en torno de cuya entrada los sumos sacerdotes organizaron al momento un servicio de vigilancia (Matth. *ibid.*, 64-66).

A. No hay manera de negar a esta relación las garantías óptimas de AUTENTICIDAD que reúne. Porque los cuatro evangelistas (Joan XIX, 38-42), los Hechos (II, 29, XII, 29), san Pablo (I Cor. XV, 4, Rom. VI, 4, Col. II, 12), todos los símbolos antiguos, en una palabra, *la tradición más segura y la más concordante* la reproducen o se fundamentan en su realidad; y no se comprendería por qué la primera generación cristiana habría inventado este episodio, esta *leyenda inútil* que los judíos habrían podido, con un gesto de soberano desdén y a la plena luz del sol, rebatir sin la mayor dificultad. Pero no. La crítica literaria da fe de ella: en vez de José de Arimatea, algunos falsarios habrían destacado en la escena, como actor de primer orden, algún personaje notable de los tiempos apostólicos.

Por otra parte, el *colorido histórico* del pasaje favorece nuestra tesis. El derecho romano, bajo cuya sombra Cristo fué condenado por Pilato, mandaba a los magistrados que entregaran el cuerpo de un ajusticiado al que lo reclamara: *Corpora animadversorum*

quibuslibet petentibus ad sepulturam danda sunt, ordena el Digesto (XLVIII, 24);... et nonnumquam non permittitur, maxime majestatis causa damnatorum. Ahora bien, ¿no es soberanamente improbable que Jesús careciera de algún pariente en Jerusalén, en aquella víspera de Pascua durante la cual los Israelitas invadían la ciudad santa, o ningún amigo de los que cinco días antes se proclamaban tales, habría dejado de asumir por su cuenta el valeroso proceder, que permitía conformarse mejor con la Ley? "El cadáver de un criminal no pasará la noche en el madero, dice el Deuteronomio (XXI, 25); no dejarás de enterrarle el día mismo".

B.) No hay duda de que la MISCHNA dispone que el ajusticiado no será enterrado en la hornacina de su familia; y el tribunal contaba con dos cementerios públicos, uno para los judíos condenados a ser decapitados o estrangulados, y otro para los apedreados o los culpables quemados vivos, pero *sus fosas serán individuales* hasta el punto de que según esa misma colección talmúdica, largo tiempo después de la inhumación, consumidas las carnes, han podido ser reconocidos los huesos de ciertos desgraciados, recogidos y mezclados con los restos de los antepasados.¹ Hay que decir, que el texto que citamos no asciende tal vez hasta la época del Salvador, y que no expresaba a la sazón la usanza general, por cuanto Esteban fué sepultado cuidadosamente por hombres piadosos que le lloraron (Act.VII, 2).

C.) Los católicos poseemos por cierto buenas razones contra las cuales apenas valen la pena de ser ni aludidas las minucias exegéticas de Loisy (Act. XIII, 26-29, I, 15, Matth. XXVII, 3), ni su hipótesis del enterramiento del Maestro en una fosa común, en donde nadie habría jamás podido soñar encontrarles, ni el destino que presta a Haceldama.

Y el testimonio de san Pablo refuerza vigorosamente

1. *Traité Sanhedrin*, t. VI, 4, 9, 10.

estas razones. Ἐτάφη, escribe en su primera carta a los Corintios (XV, 1-4). El verbo θάπτω que utiliza de esa suerte, señala siempre en la pluma de los escritores neotestamentarios una sepultura por lo menos ordinaria (Matth. VIII, 21-22, XIV, 12, Luc. IX, 59-60, Act V, 6, 9, 10); y ocurre que las otras dos veces en que el aoristo pasivo ἐτάφη es empleado, se trata de una sepultura magnífica, la del mal rico (Luc. XVI, 22) y la de David (Act. II, 29).¹

Finalmente, recuérdese la doctrina mística del gran Apóstol. "Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem, ut quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita, et nos in novitate vitae ambulemus" (Rom. VI, 4, cfr. Col. II, 12). Morir y resucitar, los dos hechos son tan inseparables en el cristiano como en Cristo; el segundo es el corolario, la consecuencia necesaria del primero. Se muere para resucitar. Esta verdad, el bautismo la figura. Cuando desaparece bajo las aguas sacramentales y reaparece luego en la superficie, el creyente se despoja de su vida precedente y recibe otra de naturaleza superior, del todo santa, inspirada y guiada por el Espíritu—del mismo modo que Jesús abandonó el sepulcro, esta prueba visible de la muerte, su pobre cuerpo pasible, y después, saliendo del sepulcro, manifestó su gloria eterna.—¿Es creíble que san Pablo hubiera construido una teoría tan hermosa sobre el enterramiento del Maestro, si este enterramiento hubiera sido infame o el objeto de una controversia en los orígenes del cristianismo?

En unión con todos los críticos creyentes, junto con la mayoría de los racionalistas y liberales, sostenemos, pues, la verdad histórica de estos dos artículos del Credo: la muerte y la sepultura honorable de Jesucristo.

La cuestión difícil, agregaremos, no la damos por resuelta aún en este lugar; queda por demostrar que los Doce han creído ver a Jesús resucitado, y lo que

1. Toussaint in o. c.

es más todavía, que le han visto indudablemente, en realidad de verdad, con sus propios ojos.

III

LOS APOSTOLES HAN CREIDO VER A JESUS RESUCITADO

Nadie sueña en ponerlo en duda.

A.

LOS LIBROS SANTOS NOS PRESENTAN ESTA EXPERIENCIA RELIGIOSA DE LOS DOCE, COMO EL FUNDAMENTO DE SU FE EN LA RESURRECCION

Todos los discursos de los Hechos, bien sean de Pedro, de Pablo o de Juan; que se dirijan al pueblo de Jerusalén (II, 22-26, III, 15-26, IV, 10, 20, 33), a los miembros del Sanedrín (V, 29-23), a los judíos y a los prosélitos de Antioquía de Pisidia (XIII, 27-40), al centurión Cornelio y a su casa (X, 37-44), al príncipe Agripa y a su comitiva (XXVI, 22-26), a los estoicos y a los epicúreos de Atenas (XVII, 3, 18, 30-31); aunque el procurador Fausto los resuma y evoque el recuerdo de las controversias que suscitan en todas partes (XXV, 19); todos los discursos de los Hechos prueban que los Apóstoles fundamentaban sus creencias y su apostolado en el glorioso acontecimiento de Pascua de Resurrección.

La primera Epístola de Pedro (I, 3, 21), y el Apocalipsis (I, 5, 18, lo revelan de nuevo.

En cuanto a san Pablo, el triunfo personal del Maestro le parece de tal modo asegurado, indiscutible, que sienta sobre él, el dogma de la resurrección de los justos. Expresa dos motivos.

En primer lugar, Cristo ha resucitado como primicias de los que duermen (I Cor. XV, 20). "Las primicias dice el P. Prat, son la promesa y la prenda de la mies; no serían primicias sin la mies que anuncian. Aunque las primicias sean menos estimadas y menos preciosas, la recolección no es de otra naturaleza que los frutos primerizos: es el fruto de una misma semilla, el producto de un mismo campo, el rendimiento de una misma cultura. Así Cristo no tendría derecho a los títulos que le pertenecen; no sería "el primogénito de entre los muertos, las primicias de los que duermen", si solo, a exclusión de sus hermanos, hubiese resucitado."¹

Veamos la segunda razón: La muerte es el hecho de un hombre (v. 21). "Ningún cristiano ignora—porque esta verdad pertenece a la catequesis elemental—que Jesús tiene por misión reparar las ruinas producidas por el primer Adán. Estas ruinas se resumen en la privación de la justicia original y la pérdida de la inmortalidad. Si no era vencedor de la muerte como lo es del pecado, Cristo no habría llevado a cabo sino la mitad de su obra... Entre el número de enemigos por destruir se halla la muerte. Será vencida, aunque en último término, pero es menester que lo sea: ahora bien, no lo sería si Jesucristo era impotente para arrancarle su presa... Jesús habría definitivamente fracasado en su lucha contra la gran enemiga, si, contento con haberla vencido personalmente, no podía libertar a sus víctimas."²

Esta convicción es tan profunda en san Pablo que llega hasta a hacer todo el cristianismo solidario de la resurrección de Cristo. Si esta resurrección no hubiera tenido lugar, la predicación apostólica quedaría sin objeto, y se la debiera tratar como una impostura y a los Apóstoles como falsos testigos. La fe de los fieles no lleva tampoco consigo fruto alguno: estáis, aun en vuestros pecados, y por consiguiente también, aquellos que se han adormecido en Cristo han perecido

1 O. c., t. I, p. 187.

2 Toussaint, in o. c.

(v. v. 17-18). La idea subyacente en este corto razonamiento refleja los usos del tiempo: no se consideraba una deuda como pagada, si la caución no había salido fuera de prisión.¹ ¿A qué el ir citando con facilidad otros pasajes? Se hallan por doquiera (I Cor. V, 14, II Cor. IV, 13-14, I Thess. I, 7-10, IV, 12-13, Eph. I, 16-23, Philipp. II, 5-12, Coloss. II, 12, III, 1-4, I Tim. III, 16, II Tim. II, 8-10, Rom. I, 4, IV, 23-24, VI, 4-10, VII, 4, VIII, 10-11, 34). Gravitan todos en torno de esta idea central (X, 9): Si tú confiesas con la boca que Jesús es el Señor y si tú crees en tu corazón que Dios le ha resucitado de entre los muertos, tú serás salvado.

Esta abundancia y esta diversidad de textos garantizan su AUTENTICIDAD, es evidente; porque, si era preciso suprimirlos, el Nuevo Testamento vendría a caducar, o por lo menos, se tendría por indescifrable. Asimismo los incrédulos prefieren discutir su VALOR HISTÓRICO, y ello nos lleva a dar a esta cuestión mayor amplitud.

B

ESTA EXPERIENCIA RELIGIOSA HA FUNDAMENTADO EN REALIDAD LA FE DE LOS DOCE Y DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO EN LA RESURRECCION

Esta tesis ¿en qué la cimentamos? En el testimonio de san Pablo y en los relatos del Evangelio. El primero garantiza un hecho, del que los otros nos dan la descripción.

EL TESTIMONIO DE SAN PABLO

Leemos, en efecto, en la primera epístola a los Corintios (XV, 1-8): "Os he enseñado en primer lugar lo que aprendí yo mismo: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; 4. y que fué

¹ Toussaint, in *o. c.*

sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras; 5. Y que se apareció a Cefas, y después, a los Doce; 6. posteriormente, aparecióse a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, y algunos han muerto; 7. después aparecióse a Santiago, posteriormente a todos los Apóstoles; 8. y a mí, como abortivo, se me apareció en último término”.

Hagámoslo constar aquí sin dilación. Por lo mismo que el Apóstol se prepara a deducir conclusiones de un acontecimiento histórico, los cristianos de los años 52 al 57—es la evidencia misma—creían ya antes con una fe muy firme en dicho acontecimiento histórico. Pero, hay más;

**Este testimonio
nos viene de los mismos primeros cristianos.**

“Os he enseñado en primer lugar, dice san Pablo, lo que aprendí yo mismo”. Aquí, observa Mangenot, como en I Cor. XI, 23 y II Thess. III, 6, *παρέδωκα* = “he transmitido” es correlativo de *παρέλαβον* = “he recibido”. Por otra parte, *παραδιδόναι* designa una transmisión mediante la enseñanza (II Thess. II, 15), como *παραλαμβάνειν* la recepción de una enseñanza (II Thess. III, 6, Phil. IV, 9). Mas, ¿hasta a quién ésta se remonta? ¿A una revelación que el Señor habría hecho? Como quiera que Pablo no indica esta fuente—en tanto que la cita en el v. 23 del capítulo IX—, he aquí a nuestro juicio, la respuesta debida.

A.) Distinguiamos.

a) Obsérvese cómo la frase de repente queda interrumpida en LA SEGUNDA PARTE y cómo las apariciones están ahí anunciadas en forma de proposiciones independientes: remite sin duda a alguna tradición humana comunicada bien sea por Ananías, bien por los Apóstoles.

b) En cambio, LA PRIMERA PARTE, con sus fragmentos que eslabona la conjunción $\delta\tau\iota$ cuatro veces repetida, con su expresión oficial $\tau\omicron\iota\varsigma \Delta\omega\delta\epsilon\kappa\alpha$, pertenece verosímilmente a la fórmula de fe que san Pablo conservaba de la catequesis original, fórmula que tenía costumbre de predicar y que repite a los Corintios. El versículo 11 del párrafo confirma esta hipótesis: "Así, pues, tanto yo, como ellos, he ahí lo que predicamos y he ahí lo que habéis creído".

Mas, por otro lado, como dice también Harnack, "no hay duda de que la muerte y la resurrección fueron esenciales para la Iglesia primitiva; Strauss no las discutió, y el gran crítico Fernando Christian Baur reconoció que el Cristianismo más antiguo estaba basado sobre ellas."¹ "Si el pensamiento de Pablo, escribe por otra parte Loisy, gira de alguna suerte alrededor de la pasión y de la resurrección para constituir el fundamento de la religión cristiana, es por cuanto este punto formaba ya el centro de la predicación apostólica."²

B.) Otros exégetas prefieren referirse a la entrevista y a la *confrontación que refiere* Gal. I, 18-19. Tres años después de su conversión, Pablo llegóse a Jerusalén para consultar con Simón-Pedro. Permaneció quince días con él, y no vió a ningún apóstol sino a Santiago, el hermano del Señor. A causa de ello, tal vez, cita especialmente las apariciones de Jesús a estos dos personajes aislados.

Pero ved la consecuencia: "según una cronología cada vez más admitida y aceptada por Harnack, dice Ladeuze, la conversión de Saulo tuvo lugar en el año mismo de la muerte del Salvador, o al año siguiente. Y así es que tres o cuatro años después de la muerte de su Maestro, los discípulos creían que su cadáver

¹ Harnack, *L'Essence du Christianisme*, p. 166.

² *Les Ev. Syn.*, t. I, p. 176.

había salido vivo del sepulcro y que se les había aparecido.”¹

Cualquiera que sea la hipótesis que se escoja, lo cierto es que nos hallamos en los orígenes mismos de la Iglesia.

* * *

I. Así, pues, los primeros fieles de Jerusalén no han podido, como muchos lo pretenden, combinar sus relatos en forma tal que pudiese legitimar ciertas PRO-FECÍAS: *les faltó tiempo para ello*.

Es, por otra parte, del todo inverosímil—Loisy lo confiesa²—que los textos del Antiguo Testamento hayan sugerido de buen principio a los discípulos la resurrección de su Maestro. Para hallar esta resurrección en los textos... era preciso estar convencido primeramente de que la misma debía hallarse ahí; es decir, que era preciso creer en ella para descubrirla en la Escritura. Pero Pedro nada había comprendido cuando oyó el anuncio de la Pasión (Luc. XVIII, 34); y de haberse acordado más adelante, no podía dejar de acordarse también de su escepticismo y de cómo los hechos le daban la razón. “La historia prefigurada del Mesías en el cielo radiante de las visiones de Daniel, que Jesús había entreabierto y que su palabra había hecho resplandecer, cesaba de ser verdadera; el libro había sido cerrado de nuevo y olvidado. Para los Apóstoles, Jesús muerto y sepultado, cesaba de ser el Cristo de Dios; su fe había muerto.”³

Finalmente, ¿por qué los adversarios se apoyan en las referencias escriturarias de san Pablo? “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, y fué sepultado. Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras, y fué visto por Pedro, etc.” Eran judío-

¹ O. c., p. 33.

² *Jésus et la Tradition*, ev. p. 200.

³ Rose. *Etudes sur les Evangiles*, pp. 302-303.

cristianos los hombres aludidos por este símbolo, Israelitas, o prosélitos, o a lo menos φοβούμενοι Θεόν,¹ quienes se preocupaban en determinar la concordancia de los hechos con sus libros inspirados; y las referencias a la palabra de Dios venían a ser así, en la predicción primitiva, un indispensable lugar común. Si cerrásemos los ojos ante esta razón y petendiésemos que el Antiguo Testamento ha sugerido la leyenda y forjado pieza por pieza la historia de la resurrección, menester sería, por el mismo motivo, poner en duda la muerte de Cristo; ahora bien, excepción hecha de los radicales de la escuela comparatista, ¿quién hay que se atreva a profesar serenamente un absurdo de tan enorme calibre?

2. Según otros críticos, Weiszacker y Loisy, por ejemplo, las IDEAS ACERCA DE LA RESURRECCIÓN que corrían entre los judíos de la edad apostólica, les hicieron materializar el relato de los primeros testigos: éstos no habrían de buen principio referido sino visiones que recaían sobre Cristo vivo y exaltado en gloria.

Empero, lo repetiremos nuevamente, les faltó tiempo para ello: sólo al cabo de veinte o veinticinco años, semejante trabajo puede realizarse, y en este lapso de tiempo, las ideas pasan del estado vago al estado concreto; pero no hay huella de esta evolución que subsista en la historia ni en la literatura.

Además de esto, si Herodes teme que Juan Bautista haya resucitado, si los discípulos se imaginan que Jesús sea, tal vez, Elías o Jeremías que han vuelto entre los hombres, media, sin embargo, entre sus concepciones y la doctrina que profesan los fieles acerca de la resurrección del Salvador, *una diferencia capital*: Jesús, una vez resucitado, no muere ya (Rom. VI, 9); en sentir de los judíos, la resurrección que no va seguida de la muerte no tendrá lugar sino a la fin de los siglos.

1 Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*.

3. Finalmente, hasta *han carecido de tiempo* las religiones orientales para haber podido ejercer, en este dominio, la influencia que ciertos mitólogos quieren por su parte atribuirles.

Sabido es, por otra parte, lo que valen las historias de dioses que mueren y que resucitan.

Sabido es hasta qué punto la mentalidad galilea permaneció hostil al paganismo: el mismo Gunkel no la supone favorable sino en ciertos círculos particulares y desparramados.

Y luego, ¿cómo comparar diversas fuerzas naturales con Jesús de Nazaret—un hombre verdadero, de todos conocido, amigos y enemigos, y muerto el día anterior, por decirlo así; cómo comparar las leyendas sugeridas por la fantasía de los poetas o reguladas según el antojo de los mistos, con la obra histórica de edificación redactada por testigos que jamás se preocupan en razonar, en expresar sus anhelos, en manifestar sus esperanzas, que parecen ignorar el simbolismo solar, la victoria de un Héroe sobre el Caos, sino que puramente refieren hechos sin comentarios?

Añadamos que los *procedimientos de los comparatistas* no son siempre seguros: así vemos que, para hacer llegar hasta los misterios paganos la noción del “tercer día” y la importancia que los Apóstoles le confieren, disertan acerca de “los tres tiempos y medio”, de que hablan Daniel y el Apocalipsis, y hasta acerca del “cuarto día” en el que se fija una proeza de Apolo.

Por lo tanto, el más antiguo testimonio de la Resurrección que podemos examinar críticamente, el testimonio de san Pablo, tiende a manifestar y garantizar un acontecimiento histórico. Si fuese permitido a alguien rehusarlo, ¿qué podríamos conocer aún en materia histórica?

Pero no soy yo, el apóstol abottivo, el único que ha visto a Cristo después de haber salido vivo del sepulcro,

parece decir el Apóstol a los Corintios; también Pedro, con quien muchos entre vosotros miran de ponerme en oposición, y que fué favorecido con la primera aparición la tarde misma de Pascua. Posteriormente, el colegio de los Doce, del que Tomás se había alejado un momento, y al que Judas el traidor había debido abandonar. Después los 500 hermanos reunidos indudablemente en Galilea:¹ la mayoría de ellos viven todavía, interrogadles. Luego, siguiendo siempre el orden cronológico, tenemos a Santiago, primo del Señor, el principal de los cristianos judaizantes. Finalmente, los Apóstoles todos pueden darnos perfecta razón de lo que ellos mismos han visto.

Indudablemente, san Pablo expone sumariamente este testimonio. No hace aquí sino una *declaración episdica* y fundamenta sobre la historia una tesis doctrinal; y por tratarse de *un hecho por doquiera conocido*, aceptado por los fieles, lo trae a la memoria, sin pretender relatarlo.

¿Qué necesidad hay de pormenores? ¿Cómo no creer en la resurrección del Señor, cuando *los testigos son las columnas de la Iglesia*, los mismos a quienes Dios ha elegido de antemano? (Act. X, 40.) Los demás importan poco.

Consagradas nuevamente a sus humildes quehaceres, las mujeres hallaron vacío el sepulcro y hablaron con el ángel, *no desempeñan ya papel alguno*; los Corintios no las conocían, y las visiones con que fueron favorecidas, que refieren tal vez con una cierta variedad de forma, no obtendrían sino poco crédito entre los Griegos: ¿los Doce no habían permanecido incrédulos, mientras las escuchaban?²

Ahi tenemos, pues, un hecho unánimemente ENSEÑADO por los Apóstoles y CREIDO por todos los fieles, unos cinco años después de su realización:

¹ ¿No habrían visto, acaso, sino a Cristo-Espíritu, después del día de Pentecostés? Cfr. pp. 321 y 427n.

² El desprecio de un relato extraordinario hecho por mujeres no es cosa que asombre en Oriente, allí menos que en otras partes (Cfr. Marc.

CRISTO RESUCITO

—Los Evangelios van a describirnos este hecho.

EL TESTIMONIO DE LOS SINOPTICOS

¿A decir de los racionalistas y de los protestantes liberales, la fe mesiánica habría producido la fe en la resurrección. He aquí la manera. Los discípulos no concebían que Cristo pudiese ser, como los demás hijos de Adán, un vencido y un prisionero del sepulcro; allá abajo en Galilea a donde, desde la expiración del Sábado, habían regresado sin demora, esperaban vagamente su desquite, cuando de repente uno de ellos, probablemente Pedro en su casa, luego todos a la vez, en la mesa o sobre las riberas del lago, se persuadieron de que el Maestro había manifestado su presencia—bien como un personaje celestial que se muestra a los humanos, bien como un hombre que vuelve a asumir su existencia terrestre en el punto mismo en que la muerte vino a interrumpirla. No tenían todos el mismo criterio sobre ello, pero las necesidades de la apologética hicieron prevalecer al fin la segunda concepción. ¿Creyeron, a partir de aquellos momentos, que el sepulcro debía haber sido hallado vacío o, por el contrario, el sepulcro vacío dispuso los espíritus a imaginar la resurrección? Parece que al principio—lo propio que ocurría con las ideas acerca de la naturaleza de Cristo vencedor—esta relación no preocupaba a los fieles: a tal punto el sentimiento de la presencia y de la vida superior del Crucificado les dominaba. FUERON LOS EVANGELISTAS LOS QUE RELACIONARON LOS DOS ACONTECIMIENTOS Y

XVI, 11. Lagrange, *Ev. selon S. Luc.*, XXIV, 11).—“Se dan como tres órdenes de aparición. Aquellas ocurridas a los apóstoles y a los discípulos de que habla S. Pablo, y que son la fuente del testimonio doctrinal de la Iglesia docente; las acontecidas a las santas mujeres, cuya fidelidad Jesús quiso recompensar, y que preparan aquellas con que los Apóstoles fueron favorecidos; finalmente, la aparición a María, que no había sido relatada oficialmente en los documentos de la Iglesia, puesto que todo transcurría entre el Hijo y su Madre, en este orden sobreeminente en que ella estuvo colocada.” Lagrange in *Marc.*, XVI, 9.

MATERIALIZARON LAS APARICIONES, CON TÍTULO JUSTIFICATIVO PERO CON TAN POCA HABILIDAD QUE VARIAS CONTRADICCIONES DE DETALLE Y SOBRE TODO UN DESACUERDO FLAGRANTE ACERCA DEL LUGAR DE LAS VISIONES PRIVAN A SU TESTIMONIO DE TODO VALOR HISTÓRICO...

I. Aunque Marcos, Lucas y Mateo refieren diferentemente el número de mujeres,¹ el fin que se proponían,² la hora en que se ponen ellas en camino,³ el número y la posición de los ángeles que las mismas ven,⁴ su actitud después de estas visiones,⁵ la manera según la cual se da a conocer a los suyos, etc.,

**estas contradicciones de detalle
no destruyen
el valor real y positivo del testimonio de los Sinópticos.**

1. Acontece que cuando muchas personas hacen constar un acontecimiento, en circunstancias normales,

1 Magdalena y María, madre de Santiago, están nombradas por los tres Sinópticos. Marcos añade a Salomé. Lucas habla de Juana y de otras aún. "Es por otra parte verosímil que el grupo, de primero restringido, se hubiere ido aumentando insensiblemente. El sepulcro no es que distara del tal suerte de la ciudad." Lagrange.

2 El embalsamamiento no se llevaba a cabo entre los Judíos, como en Egipto, para preservar al cadáver de la descomposición, era un símbolo de respeto y de amor. Compréndese a partir de ahí el que las santas mujeres procedan a la sazón en esa misma labor con posterioridad a José de Arimatea quien, por la proximidad del sábado, había obrado de una manera apresurada y sumaria.

3 "Los evangelistas concuerdan en decir que las santas mujeres se dirigieron al sepulcro muy de mañana, pero los tres primeros precisan más diciendo que empezaba a despuntar el día; mientras que, según san Juan, aún estaba oscuro. Tanto en la mañana, como por la tarde, hay un momento en que puede decirse indiferentemente que es de noche. Asunto de impresión. Mas dígame una cosa, dígame otra, de ambas, oye uno por cierto hablar de la misma hora." Durand, in *o. c.*

4 Púedese creer que hubo allí dos ángeles, como lo afirma S. Lucas. Marcos y Mateo no citan sino uno solo, por cuanto dirigió la palabra a las madrugadoras visitantes.

5 Según Marcos, presas de espanto, huyeron y no dijeron nada a nadie; mientras que, según la relación de Mateo, a la vez temerosas y alborozadas, corrieron a dar la nueva a los discípulos. Mas tal vez no tenemos el final original del "primer evangelio" o bien de Marcos, habiendo llegado al término de su rollo, debió interrumpir el relato de los andares emprendidos por las santas mujeres y no pudo sino expresar su impresión dominante.

señalan unas éste y aquél rasgo secundario que pasa por alto a las demás, o lo comprenden bajo diferentes aspectos.¹ Si las grandes líneas de su testimonio subsisten, nada hay que pueda infundir recelos en lo tocante a la ciencia o a la veracidad de los testigos. Por el contrario, el fenómeno inverso se opone de tal suerte a las leyes de la *psicología*, que tendería de por sí a hacer recaer el descrédito en las narraciones evangélicas, o sea, si hubiese sido el efecto de un acuerdo premeditado de los narradores. "Representémonos, dice Bovon, el estado de espíritu de quienes las escribieron o inspiraron; recordemos hasta qué punto los testigos de los hechos evangélicos habían pasado, durante esta crisis de su fe, de la tristeza extrema a los fervores de una alegría enajenadora, entregados sin contrapeso a sentimientos avasalladores, cuya sucesión rápida no favorecería apenas, preciso es reconocerlo, el trabajo sobrio y correcto de la memoria. Lo que perduró en ellos fué la certeza de haber visto a su Maestro resucitado, convicción profunda, *inquebrantable*, que vemos expresada en sus discursos, fuerte y jubilosa, como un grito de triunfo."²

1 Cuando Tito Livio, y Polibio, y Dionisio, y Tácito, refieren el mismo acontecimiento, por ejemplo, la misma batalla, el sitio de una misma ciudad, cada uno de ellos con circunstancias diferentes, dado caso que los pormenores dados por uno manifiestan la falsedad de los pormenores del otro, ¿se ha nunca, por este motivo, negado la realidad del acontecimiento que constituye el objeto de sus relatos?... Ahora bien, si tratamos llanamente y lealmente a Tito Livio, a Dionisio, y a Polibio, y a Tácito, sin ir torturando sus sílabas una tras otra, ¿por qué ha de ser que no tratemos de la misma manera a Mateo, a Marcos, a Lucas y a Juan?—Después de haber citado este texto del racionalista Lessing, hay aquí, dice M. Fillion, esta diferencia en favor de los evangelistas, que los relatos de uno no reflejan en ninguna parte la falsedad del relato de otro.

2 *Théologie du N. T.*, t. I, p. 374. "Se me objetará, desde el punto de vista católico, que la Providencia debía, en nuestro caso, velar por la tradición cristiana para preservarla de error.—Sí, la Providencia divina ha velado por esta tradición, pero sirviéndose, para transmitirla, de hombres como de instrumentos. Ahora bien, tú lo sabes, la modalidad del efecto depende de la naturaleza de la causa instrumental, y no de la acción de la causa principal. "Motus moventis, dice Santo Tomás, recipitur in moto iuxta naturam moti." Ejecutando exactamente la misma acción como causa principal, hoy escribo bien y mañana escribo mal—¿por qué? Por cuanto hoy dispongo de un buen instrumento, de una buena pluma, y mañana de una pluma mala. Así, pues, en esta tradición

2. La *crítica histórica* confirma esta opinión. Por una parte, la diversidad de nuestras fuentes acusa testimonios numerosos e independientes; por otra, las contradicciones accidentales que contienen, prueban la sinceridad y el carácter objetivo de Mateo, de Marcos y de Lucas, que les han reproducido. Eran éstos sobrado perspicaces para no inventar, especialmente, la lentitud de los discípulos en reconocer a aquel con quien habían vivido tres años. Sabían que en el argumento hubiera podido ser aducido en contra suya, y que los adversarios hablarían de un fantasma hecho consistente por la credulidad. Y el respeto que profesaban para con los jefes de la Iglesia, ¿no les impediría oponer a la viva inteligencia de los Sanedritas, que reclaman que el sepulcro fuese custodiado, la incomprensión de los Apóstoles para con las Profecías? (Matth. XII, 40, XVI, 21, XVII, 22, XX, 19.)

II. También los adversarios extremen sus esfuerzos por otro lado. De creerles, contradicciones mucho más graves, hasta esenciales, hacen sospechosos los Evangelios. San Mateo pone las apariciones en la provincia del Norte: "Id, ordena el ángel a las santas mujeres; Jesús os precede en Galilea, es allí donde le veréis" (XXVIII, 7). San Marcos, fuera del célebre final, hace como él (XVI, 7). Los términos de este mensaje lo expresan, pues, netamente: los Apóstoles no deben

acerca de la Resurrección dirigida por la Providencia, por lo mismo que era transmitida por hombres, imperfecciones varias humanas debían naturalmente deslizarse. Dios no debía por su parte impedir las sino de ser ellas de naturaleza a dañar al fin que se proponía conseguir sirviéndose de estos instrumentos humanos. Este fin, era el de conservar el hecho de la Resurrección de su Hijo, fundamento y objeto esencial de nuestra fe. Ahora bien, la garantía histórica de este hecho mismo, lo hemos visto ya, permanece toda entera a pesar de estas imperfecciones. Aún hay más, los apologistas buscan en estas leves contradicciones una prueba de que los evangelistas no se han entendido para engañarnos; y el historiador podrá hallar ahí la prueba de que las tradiciones que tiene en su presencia, son independientes las unas de las otras y de que de esa suerte existe aquí mismo una multiplicidad de testigos. Constituía ello toda una serie de motivos para que Dios permitiera a las causas creadas de que se servía, el que siguieran su curso natural. Podía impedir sus deficiencias, indudablemente, pero no es que debiera hacerlo... ¿Lo hizo? Es esa una cuestión por resolver mediante el examen detallado de los textos." La-deuze, o. c., pp. 38-39.

encontrarse con Cristo en Jerusalén, ni en Judea, en donde san Lucas (XXIV, 49) y el fragmento conclusivo de Marcos sitúan, sin embargo, los acontecimientos. Estos dos evangelistas INVENTARON LA TRADICIÓN JEROSOLIMITANA, POR CUANTO SE DIERON CUENTA DE QUE EL MAESTRO HABRÍA DEBIDO MANIFESTARSE DE BUEN PRINCIPIO EN LA CIUDAD SANTA, cerca del sepulcro del que había salido, a su madre y a los suyos; tal vez hasta comprendían que las apariciones galileas no habían sido sino alucinaciones, explicables en discípulos encariñados con el Maestro, al verse nuevamente después de su huida con el marco del antiguo idilio, en aquella colina de las bienaventuranzas, en aquel lago que transportaba todavía la barca desde la que Jesús hablaba a las multitudes entusiastas, con tantas personas y cosas que recordaban sus palabras, sus promesas, y que hacían revivir en ellos su recuerdo...

Oponemos a esas arbitrarias divagaciones una observación preliminar. Además de que *los relatos de los Sinópticos no reflejan nada legendario*—se habla ahí de la resurrección, lo confiesa Schmiedel, con una reserva notable, como habiendo tenido lugar ya, y nunca aparece allí descrita; en tanto que el Evangelio apócrifo de Pedro la describe ante los ojos de los Romanos y de los judíos que custodiaban el sepulcro, y de una manera grotesca—, “el caso de recuerdos sólidamente atestiguados, pero a primera vista poco coherentes entre sí y cuyo orden exacto y minucioso no puede fijarse con certeza, es un caso que se da muy frecuentemente en historia: tomar pie de esto para elegir una sola serie coherente de recuerdos, rechazando los demás o renunciando a utilizarlos, es una simplificación cómoda, pero poco científica, un procedimiento justamente proscrito por todo historiador concienzudo.”¹

De hecho, hemos de confesar sinceramente que

1 D. A. F. C., de Grandmaison, *Jésus-Christ*, col. 1499.

El testimonio de los Sinópticos no contiene contradicción esencial alguna.

1. Porque las divergencias que parecen existir entre Lucas, por una parte, y Marcos y Mateo, por otra, un procedimiento literario las explica suficientemente. Mons. Ladeuze fija muy bien la cuestión. Marcos y Mateo han querido decir: "En realidad, fué en Galilea solamente donde Cristo se mostró a los suyos", o bien: "No vamos a referir aquí sino apariciones galileas. En Galilea se verificaron las manifestaciones que nos proponemos describir".

Repitémoslo: Los Evangelios no son un proceso verbal, la relación completa y exhaustiva—si cabe el vocablo—de los acontecimientos que llenaron la vida de Cristo sobre la tierra y de las eximias palabras que se dignó prodigar a las multitudes; pero relatos escogidos por los autores sagrados en la catequesis primitiva, según el fin que cada uno de ellos se proponía. Los hechos referidos, eran conocidos por conducto de la enseñanza oral de los testigos, transmitidos de boca en boca, de iglesia en iglesia. Su realidad no había para qué demostrarla; hallaban entre los cristianos una creencia absoluta. Los evangelistas querían sacar de ellos sobre todo un motivo de edificación, trayéndolos a la memoria con el objeto de ilustrar finalidades ascéticas o teológicas.

Ahora bien, MATEO nos ofrece grandes cuadros en los que representa uno o dos milagros que tienen por marco numerosos discursos del Maestro; luego, los relaciona entre sí y los adapta a un fin especial: mostrar que Jesús es el Mesías, y descubrir a los fieles procedentes del judaísmo por qué razones la salvación prometida a los judíos les ha sido rehusada, y en cambio, a los gentiles les será dado participar de este beneficio. El primer sinóptico no procede de otra suerte en la parte de su obra consagrada a la Resurrección. Se contenta con referir una aparición, resumiendo lo que la ha precedido y lo que la ha preparado: la llegada de las san-

tas mujeres al sepulcro, la orden dada por el ángel y por el mismo Cristo de advertir a los Apóstoles que fueran a Galilea en donde el Señor volverá a reunirse con ellos. Y ¿a qué podríamos atribuir esa elección de la aparición sobre la montaña galilea, con preferencia a todas las demás apariciones? A que *fué allí, después de los largos discursos de Jesús referentes al reino, donde fué confiada a los Apóstoles la misión de enseñar a los paganos* (XXVIII, 18-20); lo que contrasta con la mala fe de los jefes del pueblo israelita, expuesta en el mismo capítulo (XXVIII. 11-15): corrompen a los centinelas que prestan sus declaraciones con respecto al sepulcro hallado vacío, y esparcen una calumnia...

Dirigiéndose a los Romanos, que admiran particularmente las obras de fuerza o de dominación, Marcos infiere la divinidad de Cristo (I, 1, XV, 3) de su soberano poder: escribe el evangelio de los milagros en donde se ven las energías de la naturaleza subyugada a la voluntad del Maestro, los demonios vencidos y lanzados a lo lejos. La resurrección, esta victoria sobre la muerte, es a sus ojos la gran maravilla, la prueba decisiva de que Jesús es Dios. "Su evangelio, dice el P. Rose, se termina con el testimonio solemne del ángel que declara al Maestro salido del sepulcro y victorioso de la muerte, y que anuncia distintas apariciones. El autor que había referido las tres profecías de la muerte y de la resurrección, había llegado al término de su tarea; su propósito estaba realizado, podía, por lo tanto, concluir."¹ Si evoca el país galileo—no lo ha abandonado, por otra parte, sino para pintar los acontecimientos de la última semana—ello obedece a que *Jesús da allí a los Apóstoles, como un testimonio de su autoridad sobrenatural, el dominio sobre los elementos, sobre la enfermedad, sobre las bestias venenosas y sobre todos los malos espíritus.*

Proponiéndose relatar la conquista del mundo por el cristianismo, sigue LUCAS el orden geográfico. El

1 Rose, *Commentaire*, p. 189.

mensaje de la salvación ha sido proclamado en Galilea; luego, a través de la Perea y de la Judea, ha resonado en Jerusalén, la ciudad santa. Desde su capítulo IX, el autor nos instala allí. Porque Jesús—considérale él no como al Mesías de Israel, ni como al enviado divino, poseyendo la omnipotencia de Dios entre sus manos, sino como al Salvador de todos los hombres—Jesús debe, en la misma ciudad de Jerusalén, inmolar su vida y ofrecerla al Padre celestial en sacrificio expiatorio. *Por lo mismo, pues, que los saludables efectos de este holocausto descienden del Calvario para difundirse por la humanidad, ¿qué necesidad había de remontarse con los apóstoles hacia la provincia del Norte?* Los acontecimientos transcurridos en Jerusalén, ¿no demuestran sobradamente que la fe de los Doce, la fe que va a irradiar por doquiera y que esclarece ya a Teófilo, tiene un fundamento sólido? Después de haber resumido la catequesis (XXIV, 1-12), Lucas acuérdate de que los Griegos, a los cuales se dirige, rehuyen el asentir sinceramente a la resurrección de los cuerpos: insiste, por consiguiente, su relato viene a ser más detallado, más vivo. “Mediante un procedimiento literario hábil, ingenioso y sabio, san Lucas refiere el episodio de Emaús de tal suerte que tres atestaciones confirmatorias de que Cristo resucitó se dan la mano a la vez, resuenan de todos lados, estallan al mismo tiempo: el Señor resucitó verdaderamente, aparecióse a Simón (34); los discípulos refieren cómo le reconocieron en la fracción del pan (35); y mientras estaban hablando de estas cosas, el mismo Jesús presentóse en medio de ellos—de los Once y de los que estaban con ellos congregados, en Jerusalén—y díceles: La paz sea con vosotros (36). Todos estos hechos innegables, como se ve, se entrelazan mutuamente y se corroboran unos a otros; son realidades que constituyen la prueba irrecusable del triunfo del Maestro sobre la Muerte.”¹ Si quiere uno conven- cerse de que el tercer Sinóptico ha colocado esta his-

1 Rose.

toria dentro de una perspectiva artificial, agrúpanse los hechos para ordenarlos a su fin, léase de nuevo el comienzo de los Hechos de los Apóstoles. Lucas sabe que Cristo subió a los cielos cuarenta días después de la resurrección (I, 3); ahora bien, tómense al pie de la letra los cuatro versículos de su evangelio: la Ascensión habría tenido lugar la misma tarde de Pascua.

2. Por lo demás, estos procedimientos literarios no implican

CONTRADICCION SUBSTANCIAL ALGUNA

entre los hechos referidos por los sinópticos.

a) Las apariciones judías son, en efecto, POSIBLES. El mensaje que el ángel trae a las santas mujeres, supone a los Apóstoles presentes todavía en Jerusalén. *¿Por qué habrían, por otra parte, huido?* “El miedo que se les atribuye no está justificado por temores de persecución, dice Godet. Pedro sale libremente del patio del gran sacrificador sin que nadie haya soñado en poner las manos sobre él, cabalmente cuando su cualidad de discípulo acaba de ser reconocida por todos. El pretendido alejamiento inmediato de los discípulos en el momento mismo en que su Maestro sufre un suplicio tan atroz, es a la verdad muy improbable.”¹ Se concibe, por otra parte, que Jesús no se manifieste sino a tal o cual de entre ellos, cerca del sepulcro o en locales cerrados, evitando con cuidado la aparatosidad y el clamoreo de una muchedumbre que, en la antevigilia, se había mostrado llena de odio para con él.

b) Esto no prueba la REALIDAD de los hechos, se dirá tal vez. Pero Lucas es *un testigo autorizado*; ha seguido indudablemente la tradición palestinese, por lo menos tan antigua como san Marcos y que concuerda con aquella en la que se inspiraba la Epístola a los Corintios. “Ningún intérprete puede ponerlo en duda,

¹ *Commentaire sur l'Ev. de S. Luc.*, t. II, p. 591.

dice el P. Rose. La dependencia del tercer evangelista con relación al apóstol de los Gentiles está determinada, no solamente por la tradición, sino también y sobre todo por la crítica interna. Pablo es, pues, un testigo de las apariciones judaítas..."¹ En realidad de verdad *el texto mismo* lo insinúa: Jesús resucitó—y esta resurrección verificóse al tercer día después de su muerte. Si las visiones deben demostrar las dos cosas es preciso que las primeras, las de la catequesis, hayan tenido lugar en Jerusalén, en la mañana de Pascua. Los Apóstoles no podían pisar en ese momento el suelo de Galilea, porque la distancia que separa la ciudad santa de la provincia del Norte, requiere una marcha forzada de tres o cuatro días.

Por cuanto Marcos sigue la tradición de Pedro y por consiguiente, lo hemos visto ya, la de Pablo, ha conocido ciertamente las manifestaciones de Cristo glorioso en Judea. La insistencia que pone en explicar el regreso de los Doce al país del que eran originarios, cuando nada les retenía ya en Jerusalén, lo hace, por lo demás, suponer: algo les había acontecido, forzándoles a prolongar su estancia allí. Y ¿qué había de ser ello, sino las primeras apariciones del Maestro?

En cuanto a Mateo, lejos de excluir tales apariciones, refiere una. "Jesús les salió al encuentro (a las mujeres que volvían del sepulcro), diciendo: ¡Salud! Y habiéndose acercado ellas, abrazaron sus pies y prosternáronse ante él" (v. 9). Ningún testigo del texto omite este versículo, observa Mons. Ladeuze, y su presencia se explica por sí misma, si se considera que por una parte el autor había de ser fiel a su fuente, el segundo evangelio; y que, por otra, no quiso omitir un hecho que conocía por otra tradición. Posteriormente, "cuando san Mateo (v. 16) declara que los Once fueron a Galilea y a la montaña que Jesús les había fijado, debe hacer alusión a una orden dada por Cristo después de sus apariciones jerosolimitanas; la palabra dirigida por

¹ In. o. c. Cfr. *Etudes sur les Ev.*, p. 290.

el Salvador antes de su pasión (XXVI, 32) no puede ser la que el evangelista designa al presente; porque no se trata aquí de montaña señalada de antemano, ni tampoco de una cita propiamente dicha.”¹ Finalmente, léase de nuevo con atención el texto de san Mateo: “Venid, ved el lugar en el que yacía sepultado, e id prontamente a decir a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí que os precede en Galilea: allí le veréis”. Nada podía vincular la obediencia de los Apóstoles a este mensaje y su próxima partida, sino la fe en la resurrección. Ahora bien, el testimonio de las santas mujeres no fué acogido, según los Sinópticos nos lo afirman; y sin embargo los Doce dejaron Jerusalén. Es preciso, pues, que un *acontecimiento decisivo* haya sobrevenido; y ¿cuál puede ser este acontecimiento sino la aparición de Cristo-Jesús, vencedor de la muerte y salido del sepulcro?

III. La objeción así refutada se apoya, por otra parte, en el hecho de que Jesús “precederá” en Galilea a aquellos a quienes allí convoca: προάξω ὑμᾶς εἰς τὴν Γαλιλαίαν. Pero el verbo, προάγειν no debe necesariamente traducirse por “preceder”; tiene por cierto muy frecuentemente, en la lengua neo-testamentaria, la significación de llevar en pos de sí, de dirigirse delante o antes de uno para conducirlo. J. Weiss, Spitta y Schweitzer lo reconocen. El Pastor será herido, las ovejas dispersadas, había anunciado Jesús durante la Cena; pero resucitará, conducirá la grey a Galilea, yendo al frente de la misma como el pastor de que habla san Juan (X, 3-5), el pastor que muestra el camino. La promesa se cumple, dice el ángel a las mujeres que habían ido al sepulcro. Cristo, “redivivo, va a conducir a su reducida grey a los buenos pastos de otros tiempos, al país de los más puros recuerdos, de la seguridad, de los antiguos entusiasmos que no han resultado fallidos, como ellos lo creían, a aquella Galilea en donde fueron

1 Lepin, *L'origine du quatrième évangile*, p. 298.

iniciados en los secretos de su Reino. Pero menester será desde luego que se deje ver de sus ovejas, y que las reuna, lo *cual implica las apariciones previas en Jerusalén*, para cerciorarles y confirmarles acerca del milagro, para darles valor y mandarles que se pusiesen en camino hacia el mismo lugar; el sentido del texto exige tales apariciones.”¹

En resumen, san Pablo, reproduciendo la enseñanza de los apóstoles y la fe de la primera comunidad cristiana, atestigua que Cristo; sentenciado a muerte el viernes, resucitó el domingo. Este hecho quedaría en pie, aun en el caso de que la crítica debiera tener por sospechosas todas las narraciones contenidas en los Evangelios; mas éstas refuerzan el cuadro con muchos pormenores históricos, que son perfectamente dignos de ser admitidos: ninguna contradicción substancial les empece, sus divergencias accesorias se justifican perfectamente, y de ahí que la conclusión se imponga por sí misma: los Doce vieron a Cristo resucitado.

* * *

—; Está bien!, dicen los adversarios. Pero si no dudamos de la buena fe de san Pablo y de los Doce—por cuanto una creencia cimentada en maquinaciones indecorosas no habría sido capaz de resistir el embate de las persecuciones; es el caso de traer a colación la frase de Pascal: no creo sino las historias cuyos testigos, antes de retroceder en sus afirmaciones, sufrirían el martirio, no admitimos, por esta sola razón, la realidad objetiva del acontecimiento que relatan. Sería preciso demostrar una cuarta tesis: Los Apóstoles vieron, verdaderamente, a Jesús resucitado. Y no podréis probarla. La naturaleza del hecho que discutimos ataja vuestros pasos.

¹ *Revue des Jeunes*, 25 de marzo, 1923. Allo, *La réalité de la résurrection*.

IV

LOS APOSTOLES VIERON
VERDADERAMENTE A JESUS RESUCITADO

Examinemos aparte la manifestación de Jesús a san Pablo y las apariciones que narra el Evangelio.

SAN PABLO

¿vió a Cristo redivivo en el cuerpo con que fué sepultado?

Baur, que había pasado su vida en eliminar los milagros del Evangelio, confiesa que la conversión de Pablo resiste a todo análisis histórico, lógico o psicológico. Manteniendo un solo milagro, Baur los deja subsistir todos. Y con ello malogró su vida.

Landerer.

I.) 1. Las mismas ideas de los judíos contemporáneos, para quienes la resurrección era una reanimación del cadáver, nos inclinaría sin duda a admitir esta tesis si

2. Weiszacker, profesor en Tubinga, no opusiera aquí una objeción muy especiosa. La aparición de la que Pablo pretende haber sido el testigo, tenemos derecho a explicarla, dice, mediante el estudio de las ideas paulinianas acerca de la resurrección y de la naturaleza del Salvador resucitado. ¡Ahora bien, éste tiene un cuerpo glorioso (Phil. III, 21) ; él es las primicias de aquellos que duermen (I Cor. XV, 20) ; como él, nosotros saldremos del sepulcro con un cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44). Lo que vió Saulo en el camino de Damasco era, pues, EL CUERPO ESPIRITUAL DE JESÚS. Pero lo que es espiritual no puede ser percibido con los ojos corporales, ni servir de objeto a las comprobaciones científicas. De ahí a concluir que la resurrección del Salvador no se comprueba históricamente, no media sino

un paso; y este paso, los racionalistas se apresuran a darlo.¹

Bastará hagamos constar que esta explicación parece bien poco conforme, por cierto, con *la doctrina de san Pablo*. Que la resurrección de Cristo sea a sus ojos la prenda, el modelo y el ejemplo de la nuestra, y que la naturaleza de ésta deba instruir al cristiano acerca de la naturaleza de aquélla, estamos de acuerdo. Mas ¿dónde se ve que el cuerpo glorioso ha sufrido una transformación substancial, que ha cesado de ser material para convertirse en espiritual? Los textos enseñan lo contrario: la vida humana continúa a través de la muerte, la renovación de nuestro ser no implica la creación de una personalidad nueva, el cadáver vivificado se transforma en el mismo sentido y sin solución de continuidad. La I Cor. XV lo afirma claramente: “Ni la carne, ni la sangre pueden heredar el reino de Dios... He aquí un misterio que os revelo; no moriremos todos; pero todos seremos transformados en un instante... Porque es menester que este cuerpo corruptible sea revestido de la incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad” (v. 50-54). La expresión dos veces repetida: este cuerpo, y la imagen de revestirse, implican evidentemente, dice Godet, la idea de continuidad del cuerpo nuevo respecto del antiguo; es un solo y mismo principio orgánico que se presenta sucesivamente bajo dos formas diferentes. El elemento permanente, encerrado de primero en una envoltura corruptible, es elevado de repente, por un acto de om-

1 Cfr. La opinión de M. Loisy: “Creo haber mostrado, dice, que la resurrección del Salvador no es propiamente un hecho de orden histórico..., sino un hecho de orden puramente sobrenatural, supra-histórico, y que ella no está demostrada ni es demostrable con el solo testimonio de la historia.”—Loisy, *Autour d'un petit livre*, Paris, 1903, pp. 169, 120; (Decreto *Lamentabili*, prop. 36; Denzinger-Bannwart, n. 2.036.—¿Por qué? Por cuanto que “Cristo resucitado no pertenece más ya al orden de la vida presente, que es el de la experiencia sensible... la entrada de un muerto en la vida inmortal está más allá de los alcances de la observación” (Loisy, *L'Evangile et L'Eglise*, p. 74). Además de esto, “impresiones varias sensibles no son el testimonio adecuado de una realidad puramente sobrenatural... Es inevitable que toda prueba natural de un hecho sobrenatural sea incompleta y deficiente” (Loisy, *o. c.*, página 76).

nipotencia divina, a un modo de existir inalterable.¹ De donde resulta que el cuerpo de Cristo aparecido, lejos de no ser ya substancialmente el cuerpo de Cristo sepultado, lejos de ser espiritual y luminoso, y de la misma naturaleza que los cristianos atribuyen a los ángeles, subsistía para el Apóstol, en un estado definitivo, tal como el hombre permanece el mismo a pesar del cambio de sus vestidos.²

Y así vemos que el verbo ἐγήγερται = resucitó, en relación con ἀπεθάνεν = murió, y con ἐτάφη = fué sepultado, significa exactamente que el hombre depositado en el sepulcro salió de él para volver a la vida.

Las palabras ἐκ νεκρῶν bastarían, por otra parte, por sí solas para probar que san Pablo piensa en una resurrección corporal; porque espiritualmente, dice todavía Godet, Cristo no estuvo nunca entre los muertos.

¹ O. c.

² La comparación es de Mgr. Ladeuze. "Sí, exclama S. Pablo en su epístola a los Romanos (VIII, 10-11), por consecuencia de nuestra unión con Cristo, no solamente el Espíritu de Dios habita y vive (ahora) en nosotros, sino que (un día) vivificará él nuestros cuerpos mortales también. ¿Qué de más claro puede quererse? Serán transformados indudablemente, estos cuerpos, y se les podrá llamar cuerpos espirituales; lo que significa que en lugar de ser un obstáculo para la vida transcendente, la servirán perfectamente y que en este sentido, no serán más "carne y sangre". ¿Los críticos no se representan bien, tal vez, este cambio que no responde a las ideas que se han formado acerca de la composición de la materia? Poco importa; se trata únicamente aquí de saber lo que piensa S. Pablo. Puesto que según él nuestros cuerpos, para venir a ser gloriosos, serán transformados a imagen del "cuerpo de gloria" de que Jesús se revistió mediante su resurrección (Phil. III, 21), necesario es reconocer que, según él, este "cuerpo de gloria" del Salvador no es sino su cuerpo mortal transformado. Si ha podido El admitir que los cuerpos humanos viviendo en el momento de la parousia serán así cambiados, nada de extraño tiene el que haya admitido igual cambio con respecto al cuerpo de Jesús, muerto, verdad es, pero muerto la vispera y sin haber aún conocido la descomposición. Sin duda, declarará que Cristo resucitado, es el Espíritu. Pero, ¿qué quiere decir ello? que el principio que le vivifica y que le anima a él mismo en todo sin la menor resistencia, es el Espíritu, es decir, el principio de su vida transcendente y que él mismo, establecido en este estado, ha llegado a ser para toda la creación el principio de una vida nueva que realiza ya en nuestras almas, esperando poder extenderla a toda la naturaleza. "El primer hombre, Adán, vino a ser una alma viviente. El segundo Adán, El, vino ser un espíritu vivificante" (I Cor. XV, 45). Supongo que san Pablo no ha rehusado a nuestro primer padre un cuerpo material, por cuanto le declara caracterizado mediante su "psukhé". Así, pues, no negó a Cristo glorioso su verdadero cuerpo, por cuanto declara que El pertenece, en su ser y en toda su acción, al orden del espíritu." Ladeuze, o. c., pp. 23-24.

Loisy lo reconoce. "Aun cuando el cuerpo de Jesús haya sido en algún modo espiritualizado por la resurrección, los discípulos no se representan al Salvador como un puro espíritu, ni la resurrección como la permanencia de su alma inmortal... Para ellos, el Salvador estaba vivo, por lo tanto con el cuerpo que había tenido antes de su muerte. Las condiciones de existencia de este cuerpo eran diferentes, pero era el mismo que había sido puesto en el sepulcro, y del cual los discípulos creían que no había permanecido allí"¹

II. "Los Apóstoles y san Pablo, había confesado Loisy anteriormente, no creen tampoco referir impresiones subjetivas; hablan de una presencia de Cristo objetiva, exterior, sensible, no de una presencia ideal, y por cierto menos aún de una presencia imaginaria.

A.) 1. De hecho, en el pasaje que nos ocupa, Pablo quiere probar la resurrección corporal de los muertos: ¿cómo una simple visión, una aparición espiritual del Señor, podría servir de fundamento a su demostración?

2. Por otra parte, se comprende apenas que haya reivindicado tan denodadamente para sí (Gal. I, 12-16, I Cor. IX, 1) esta cualidad de apóstol que los contemporáneos reservaban a los enviados inmediatos de Cristo, a quienes le habían realmente visto y oído (Act. I, 22), y que él mismo distinguía con cuidado del oficio de profeta—la característica del profeta era haber tenido visiones (I Cor. XII, 28)—si no legitimaba este título en algo superior a las representaciones mentales? Ciertamente, estas mismas representaciones, habíalas él experimentado; pero las adjudica o atribuye a la acción del Espíritu Santo como a su verdadera causa, mientras que su conversión es una intervención personal, directa y especial de Jesús, que la ha producido (Gal. I, 12).²

1 *Les Evangiles Synoptiques*, t. II, pp. 743-744.

2 "El versículo 12, con su antitesis *παρὰ ἀνθρώπων*, y su genitivo

“Estas pertenecen a la esfera de su vida privada: no habla de ellas sino una sola vez, y aún con una repugnancia extrema, envolviéndose adrede en expresiones misteriosas como si se tratase de un secreto que sentía descubrir y sobre el cual se apresura a extender el velo del olvido. Ahora bien, el Apóstol no experimenta nada parecido cuando se trata de su conversión. No hace de ella misterio, sino uno de los temas habituales de sus Epístolas. Reivindica para sí altamente el honor de haber sido también testigo de la Resurrección, y, de ahí, el haber llegado a ser el igual de los Doce”.¹ Preciso es, por lo tanto, concluye Sabatier a este respecto, “que haya tenido en su conciencia—por cuanto se refiere al hecho de que venimos hablando—una línea de demarcación netamente trazada entre sus apariciones, cuya serie está terminada y los éxtasis y visiones que duraron durante toda la edad apostólica”.²

B.) En su conciencia... Estas tres palabras podrían encubrir una celada: no se proclama de ningún modo con ellas la realidad exterior y objetiva de la manifestación de Cristo a san Pablo. Pablo, se nos dice, estaba preparado patológica y psicológicamente para la aventura que le acaeció en el camino de Damasco. Naturaleza nerviosa y excitable, temperamento sanguíneo-bilioso, epiléptico, histérico tal vez, no podía menos de dar en la crisis que le echó un día por el suelo—congestión cerebral o violento acceso de oftalmia, debido sin duda al tránsito súbito de la luz a la sombra, del horno del desierto a la frescor relativa de un oasis. Este accidente fué para su conciencia subliminal como un latigazo. La perplejidad y el remordimiento que le trabajaban desde algún tiempo, la estima que profesaba a pesar suyo a sus víctimas, el temor de que Jesús pudiera ser el Mesías, un Mesías cuyos sufrimientos no

subjetivo, como dicen los gramáticos, *Δι' αποκαλυψεως Ἰησοῦ χριστοῦ*, indica, sin duda posible, que Jesucristo es, a la vez, el autor y el objeto de la revelación.”

1 Toussaint, *o. c.*, Introducción, p. 27, cfr. Ladeuze, *o. c.*, pp. 25-26.

2 *L'Apotre Paul*, p. 50.

comprendía, puesto que los Libros santos lo anunciaban glorioso: todo ello vino de repente a emerger y flotar en la superficie de su conciencia clara, y su imaginación experimentó una tal turbación que la imagen de Cristo vivo, de Cristo resucitado, implantóse profundamente en ella... Pablo fué, pues, víctima de una alucinación, no percibió objeto real y visible.

1. Mas por cuanto esta alucinación coincide con desórdenes funcionales, y hasta con lesiones anatómicas de los centros cerebrales, o, en ciertos casos, del sistema nervioso periférico, nos hace sonreír la opinión de Diafoirus, el cual diagnostica con seguridad, después de veinte siglos, el estado patológico del viajante hacia Damasco. "La ciencia medical, ya tan incierta cuando se trata de hechos contemporáneos, la ciencia psicológica, tan poco avanzada todavía, no autorizan semejante osadía. Los documentos no nos dan sino vagos indicios, signos que no tienen nada de decisivos, síntomas que se pueden interpretar de maneras bien diversas.¹ Por lo demás, ¿en qué se apoya en el fondo la hipótesis discutida? En un principio *a priori*, en un postulado preconcebido: la imposibilidad de apariciones verdaderas poseyendo un valor objetivo. Ahora bien, este principio, este postulado, no son en modo alguno evidentes por sí mismos. Decidir así de antemano la cuestión, no está conforme con el método crítico positivo. Necesario es dejar la puerta abierta a explicaciones de otro género."²

2. Los psicólogos tampoco nos merecen crédito cuando pretenden conocer tan bien lo que pasa en el dominio de la subconciencia, la cual, en fuerza de su definición misma, *está por encima de toda experiencia*, o cuando describen la lenta germinación de ideas y de sentimientos, de los que Pablo no tiene recuerdo alguno. "A vuestro parecer mediaron relaciones anterior-

¹ Cfr. II, Cor. XII.

² Le Roy, *Dogme et Critique*, p. 220-221.

res entre él y los cristianos. No les conocía sino como el verdugo conoce a sus víctimas. Nada sabía en lo tocante a su doctrina, si no es que era incompatible con la Ley de Moisés, inconciliable con el judaísmo, por lo tanto aborrecible y digna de exterminio; esto le bastaba y no deseaba saber más. Le atribuíis perplejidades, ansiedades, remordimientos. Os contesta que no experimentaba ninguna turbación, ninguna inquietud, que creía sinceramente servir a Dios, que procedía de buena fe y que debe a su ignorancia el haber obtenido misericordia.”¹ Los textos, ahí están. “Yo también creí que debía oponerme con todas mis fuerzas al nombre de Jesús de Nazaret” (Act. XXVI, 9). “Oísteis hablar de mi conducta cuando estaba dentro del judaísmo, sabéis con qué exceso perseguía y asolaba la Iglesia de Dios, y también cómo sobrepujaba a los de mi edad y de mi raza, por mi celo en guardar nuestras tradiciones nacionales” (Gal. I, 13-14). “Blasfemador, perseguidor, insultador... obtuve misericordia, porque obré por ignorancia” (I Tim. I, 13).

3. ¿Cómo conciliar estos textos con la afirmación medical de que las alucinaciones tienen por origen las imágenes más profundamente grabadas en el centro común, es decir, aquellas que se reproducen con la mayor frecuencia en el curso de un mismo día? Y, a partir de ahí, ¿dónde hallamos en el Apóstol la materia de las pretendidas divagaciones alucinatorias?

No se reconocerá tampoco su *proceso*. “Pablo nada absolutamente sabe, y esto es esencial, de una preparación progresiva, de una conversión gradual al Evangelio. El recuerdo que ha conservado toda su vida de esta conversión, es el de un acontecimiento fulminante, que le sorprendió en pleno judaísmo y le lanzó a pesar suyo, en un camino nuevo.”² “Fuí asido por Cristo”, es-

1 Prat, o. c., p. 48. “La crítica moderna, dice M. Loisy, se ha esforzado bien inútilmente en hallar en el relato mismo de los Hechos los vestigios de un trabajo psicológico anterior.” *Commentaire des Actes*, p. 399.

2 A. Sabatier, *L'Apotre Paul*, p. 43.

cribe a los Filipenses (III, 12). Y si Cristo le habla de un aguijón en contra del cual es necesario que no recalcitre, no se refiere al remordimiento, se trata del llamamiento presente a la conversión que sería insensato y doloroso desoír.

Finalmente, los *resultados* de la aventura no encajan con la hipótesis racionalista. "Si la aparición de Cristo a Pablo fué una alucinación, ésta no pudo ser la causa sino el producto de su fe; porque uno se pregunta cómo el alma de Saulo el fariseo, si no era ya cristiana, habría podido crear una tal visión; y, por otro lado, si Pablo era cristiano antes de este momento, ¿cómo ha podido entrelazar con esa misma visión su conversión? El enigma de una tal transformación viene a ser aún más obscuro".¹ Empero, por más que se le resolviera, quedarían por explicar las percepciones sensibles de aquellos que acompañaban al futuro Apóstol. Llega a sus oídos el sonido de una voz (Act. IX), aun cuando no comprenden apenas lo que ella dice (XXII, 9); si no distinguen persona alguna (IX, 7) perciben la luz de donde proceden las palabras (XXII, 9); y todo ello les pone fuera de sí (IX, 7, XXVI, 14).²

De esa suerte se estrellan en contra de los textos los esfuerzos de la crítica impía. **Se debe deducir de esto que san Pablo fué favorecido con una aparición real, positiva, exterior, y que, por lo tanto, Jesús resucitó verdaderamente.**

Por otra parte—y tenemos ahí una garantía histórica de las más sólidas—, Pablo apela a otros testigos inmediatos que habían percibido fenómenos exactamente iguales y cuyo informe auténtico era considerado por la tradición con esmero:

LOS APOSTOLES

Para no abrir los ojos a la luz de esta evidencia, los

¹ Sabatier, o. c., p. 51. Cfr. E. Baumann, o. c., p. 69 ss.

² Prat, o. c., p. 46. "En su obstinación por demoler el relato de

adversarios no tienen sino el mismo recurso, una sola hipótesis, y Dios sabe lo mucho que de resorte tal se han servido. Hemos citado a Loisy. Renán va más allá. "La fuerte imaginación de María de Magdala jugó en estas circunstancias, escribe, un papel capital. ¡Poder divino del amor: momentos sagrados en los que la pasión de una alucinada da al mundo un Dios resucitado!" He ahí la palabra que pugnaba por salir de su pluma. Pero ni el texto del evangelio, ni los caracteres del hecho que el mismo evangelio consigna, ni los resultados que ha producido, concuerdan con la conjetura de la alucinación: no hallaremos la menor dificultad en demostrarlo.

LOS TEXTOS

asignan en efecto a las manifestaciones de Cristo después de su muerte una causa sensible. No hay un solo contemporáneo que haya creído en la presencia mística, incorpórea, de Jesús entre los Apóstoles agrupados en el Cenáculo o al regresar en Galilea; y si los discípulos hubiesen considerado un momento la posibilidad de una hipnotización o de tener ante los ojos un fantasma, viéronse al punto constreñidos a abandonar esa hipótesis.

Por lo demás, los Sinópticos, como san Pablo, enumeran solamente algunas apariciones: es cierto que las refieren una a una, que las distinguen de las demás visiones tan comunes en esta época. Ahora bien, esta misma *sobriedad* crea una presunción en favor de la objetividad de los hechos; porque, la historia lo prueba, la alucinación es contagiosa, se propaga y se multiplica. Pero no,

los Hechos, M. Loisy llega a pretender que los compañeros de Pablo serían inventados. Elimina estos compañeros que le molestan; ¡como si en Oriente se viajara sin escolta, sobre todo Pablo, personaje oficial, ejerciendo una misión judicial, en virtud de la cual conduciría diversos prisioneros!" E. Baumann, *Saint Paul*.

1 *Vie de Jésus*, pp. 449-450.

SUS CARACTERES MÓRBIDOS

no se traslucen aquí.

1.º Podemos descartar ya, desde el primer momento, las ALUCINACIONES PATOLÓGICAS, puesto que afectan generalmente a individuos histéricos, a los neuróticos, a los que se hallan en un estado febril dentro de una enfermedad crónica, o bien que están sujetos a ciertas excitaciones determinadas. Recuérdese a los montanistas, a las muchas epidemias convulsionarias de la Edad Media o a las ilusiones de la vista y del oído en los profetas camisardos, ilusiones de las que participaba una muchedumbre ignorante y fanatizada: todo ello nacía de una sobreexcitación nerviosa; y los gritos, gemidos, calambres, desmayos, acompañaban a los fenómenos.¹ Mas los apóstoles mantienen su sangre fría. Ningún rastro hay ahí de desequilibrio mental. El retorno de Cristo no ocupa el campo de sus pensamientos; no sueñan ni en los paisajes de Galilea, en el retorno posible de los pasados tiempos. Y además, ¿podían ser neurópatas, esos hombres de recia musculatura, con torso de bronce, esos pescadores del lago de Genesaret, llevando como llevan una vida al aire libre, incansables para el trabajo, familiarizados con las duras tareas de cotidiano vivir?

Lo que refieren es, por otra parte, racional y las alucinaciones son siempre, en algún punto de su curva, o grotescas u obscenas, u horribles, y materialmente imposibles. ¿Puede ocurrir de otra suerte, puesto que no pueden ellas producirse sino fuera del dominio de la conciencia y de la atención, “ya que el artista que las improvisa y las pinta en los ojos o en los oídos no es otro que la imaginación enferma, desenfrenada, sustraída por su enfermedad y su desenfreno mismo a toda dirección de la razón?”²

2.º Mas ciertos psiquiatras, no queriendo colocar

¹ Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*.

² Dr. De Grandmaison.

entre los locos, ni que sea entre los locos de un momento, a santos como Pablo, Francisco de Asís, Catalina de Sena y tantos otros visionarios católicos, cuyo pleno ejercicio de facultades intelectuales no sufrió eclipse, nos hablan esos psiquiatras de alucinaciones psicológicas, gracias a las cuales algunos hombres habrían podido dar si no un cuerpo, a lo menos las apariencias de un cuerpo a sus imaginaciones. "Imágenes varias surgen ante ellos, les hablan, les tocan. Tienen esas mismas imágenes los atributos de la realidad, de la vida; tanto y de tal modo que, sin realidad ni vida, se imponen ellas al cerebro. cuya creación son, como si estuvieran dotadas de realidad y de vida exterior al cerebro".

¡Vana escapatoria! ¿Por qué tratar de sano al espíritu que cae irresistiblemente en la ilusión y se forja castillos en el aire? ¿Se ha probado, acaso, que en estado de vigilia y de salud el ser humano puede llevar a cabo lo que efectúa durante el curso de una enfermedad o de un sueño? ¿Apóyase alguien, para afirmarlo, en observaciones indiscutibles? "Jamás, dice un médico especialista, M. Foderé, jamás la representación mental, aun llevada a su más alto grado, llegará hasta a la producción de esas sensaciones exteriores tan claras, tan precisas que constituyen la verdadera alucinación. El pintor que ha grabado en su memoria un modelo, no le ve con los ojos del cuerpo, sino mentalmente, sin que nunca pueda llegar a representárselo materialmente." ¹

Sea de ello lo que fuere, los Apóstoles no pudieron representarse en su sueño alucinatorio sino sus propias concepciones. la reflexión profunda, obstinada, y el deseo ardiente que les atormentaba. "Por peregrinas, turbadoras y caprichosas que puedan ser ellas, dice el Dr. de Grandmaison, las alucinaciones no se forman sino a expensas de imágenes previamente registradas

¹ *Traité du délire*, p. 247.

en el centro común. Ellas tienen siempre a las imágenes conocidas y personales del alucinado, como puntos de partida.”¹ Pero, ¿quién no lo ve? *Esta preparación indispensable faltó a los Apóstoles*. El recuerdo que les queda de Jesús es el de un Mesías paciente en medio de sus sufrimientos, inconciliable con el anhelo inmutable que ellos tenían, el de un Maestro ligero, si no engañador, que, después de haber prometido sentar a sus discípulos sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Matth. XIX, 28), no había logrado salvarse a sí mismo. ¡Tan lejos están de acariciar un sueño de apoteosis! Vedlos ahí abatidos, corridos de su desatino. Cuando las mujeres les anuncian la resurrección, permanecen incrédulos,² y al llegar al sepulcro, no perciben a nadie.

Ahora bien, hallamos ahí una nueva prueba. Hasta la tarde de Pascua, los discípulos dudan y, a la primera aparición de Jesús, se turban. Les parece que una alma venida del *sehol* se muestra a sus ojos en una apariencia sensible (Luc. XXIV, 37). Pero no, mirad, dice la visión, mirad estas manos y estos pies; conservan aún la huella de los clavos con los que me crucificaron (v. 39-40). Entonces, en ellos, la alegría reemplazaba al temor; pero también ella tiene sus momentos de desconfianza: ante tan inmensa ventura, no era del caso recelar de si habían sido víctimas de una ilusión? He aquí por qué el Maestro acaba de convencerles: el pescado asado que toma (con un panal de miel), lo come en presencia de ellos (vv. 41-43). Estos hechos vienen a ser para los discípulos pruebas irrefragables de que están oyendo, que palpan al Mesías resucitado. Ahora bien, el

¹ R. P. A. abril, 1913. *Bernardette Soubirons était-elle une hystérique?*

² Matth. XXVIII, 17. Y viéndole se postraron, los mismos que habían dudado.

Marc. XVI, 11. Y estos, habiendo oído decir que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. Ibid., 13. Y éstos (los discípulos de Emmaüs) volviéronse a anunciarlo a los demás; y ellos no les creyeron tampoco (véase Lagrange, in o. c.).

Luc. XXIV, 11. Y estas palabras les parecieron un desvario, y no las creían.